

# Reyes, monjes y sabios

Estudios internacionales de historia  
del libro y de la lectura

# Kings, monks and wise men

International studies of history of book  
and reading

## ANNALES DU CINQUANTENAIRE ANALE DEL CINCUENTENARIO IV

ACADÉMIE BELGO-ESPAGNOLE D'HISTOIRE  
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

Madrid & Bruxelles  
2009-2010

ANALES DEL CINCUENTENARIO - ANNALES DU CINQUANTENAIRE

IV

(2009-2010)

**Reyes, monjes y sabios**

**Estudios internacionales de historia del libro y la lectura**

**Kings, monks and wise men**

**International studies of history of book and reading**

CONSEJO DE REDACCIÓN

Secretaria

Dra. D<sup>a</sup> Ana Belén Sánchez Prieto

Vocales

Dr. D. Alfonso de Ceballos-Escalera Gila, Dr. D. Juan Van Halen y Acedo,

Dr. D. Félix Martínez Llorente, Dr. D. Luis de Cevallos-Escalera Gila,

Ir. Ruud van Rossem, Dr. D. Rafael Fera Pérez,

Dr. D. Fermín de los Reyes Gómez, Dr. D. Antonio Carpallo Bautista

y Dra. D<sup>a</sup> Rosario Arquero Avilés

© De esta edición, Universidad Complutense de Madrid y Académie Belgo-

Espagnole d'Histoire - Academia Belgo-Española de Historia

Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley.

Depósito Legal M-10291-2010

En las páginas de los *Anales del Cincuentenario* se incluyen escritos propios y otros que están avalados por la firma de sus respectivos Autores, que son los únicos responsables legales de las opiniones y de las tesis que expresan. La inserción de estos textos firmados no presupone la identificación de la Universidad Complutense de Madrid, ni de la Academia Belgo-Española de Historia - Académie Belgo-Espagnole d'Histoire, ni de la misma revista, con las tesis y las opiniones que contienen. Cualquier forma de reproducción, distribución pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Maquetación: PALAFOX & PEZUELA EDITORES S.L.

Impreso en España por ELECE INDUSTRIA GRÁFICA S.L.

# Reyes, monjes y sabios

Estudios internacionales de historia  
del libro y de la lectura

# Kings, monks and wise men

International studies of history of book  
and reading

---

Ana Belén Sánchez Prieto (directora)

*Universidad Complutense de Madrid*  
*Académie Belgo-Espagnole d'Histoire*

## **Los libros godos en la Real Biblioteca de El Escorial en época de Felipe II: un proyecto humanístico tardío**

**JOSÉ LUIS GONZALO SÁNCHEZ-MOLERO**

*Universidad Complutense de Madrid*

### **La fundación de la Regia Laurentina: los modelos a seguir**

Al final de sus días, en julio de 1598, Felipe II pidió recorrer el monasterio de san Lorenzo de El Escorial, la gran obra arquitectónica y cultural de su reinado, probablemente deseaba retener en su memoria las últimas imágenes mundanas antes de recluirse, moribundo, en sus habitaciones y prepararse para la muerte. En aquel periplo, llevado sobre una silla adaptada, el Salón de Frescos de la biblioteca fue una de las paradas obligadas. Es muy posible que ya se hubiera colocado en el hueco reservado entre las estanterías, el retrato del monarca, anciano, atribuido a Pantoja de la Cruz. Si fuera así, por unos instantes podemos rememorar la escena en que los ojos del monarca se cruzaron con los de su *sosías* pictórico. El primero pronto abandonaría este mundo, el segundo, en cambio, todavía sigue entre nosotros, ejerciendo el mismo papel para el que fue concebido: recordar al regio fundador de aquella biblioteca.

¿Cuáles fueron los propósitos de Felipe II al fundar esta biblioteca real y establecerla en el monasterio jerónimo de San Lorenzo del Escorial? Tradicionalmente se ha vinculado la creación de la Regia Laurentina con el memorial presentado en 1555 por Juan Páez de Castro ante Carlos V y Felipe II, de manera sucesiva. En el mismo proponía la fundación de una biblioteca real de carácter público, al estilo de otras instituciones de la época. Como ya hemos defendido en otras ocasiones, la relación de este memorial con El Escorial no es tan directa como se ha creído. Páez no preludió esta librería regia, sino que su proyecto siempre estuvo determinado por un proyecto anterior: el fallido propósito de Carlos V encaminado a establecer en el castillo de Simancas una gran biblioteca-museo dedicada a su memoria. De aquí la insistencia de Páez





Retrato de Don Felipe II por Alonso Sánchez Coello

porque su biblioteca ideal contuviera escrituras y documentos, junto con los libros, o sobre la misma no debía situarse en un lugar apartado, sino en una ciudad, para lo que proponía (con lógica) a Valladolid. Sus *horizontes*, nos parece obvio, se limitaban a la antigua Pincia, por entonces sede habitual de la corte castellana, y al cercano castillo de Simancas. Sin embargo, cuando Felipe II regresó a España (1559), las circunstancias habían cambiado de manera tan notable, que ya no fue posible ejecutar el proyecto de Páez tal y como éste lo había concebido. Es más, incluso cuando en 1567, el 22 de abril, el monarca firmó la carta fundacional del monasterio, sorprende descubrir en ella la ausencia de una referencia explícita a la biblioteca. Se citan los estudios, las letras y el Colegio (números 69-83), pero no las razones por las que el rey decidió que el edificio albergara una gran biblioteca de carácter público, o indicaciones sobre cuáles deberían ser sus funciones. Este silencio es muy significativo<sup>(1)</sup>. La respuesta a esta omisión se encuentra en que el proyecto de la *Regia Laurentina*, en expresión de Fernando Bouza, no estaba todavía definido, e incluso suscitaba enormes dudas sobre su idoneidad.

Varias eran las causas de esta situación. En primer lugar, la corte española se había mantenido ajena, desde mediados del siglo XV, a la pujante corriente bibliográfica renacentista que había fructificado en la creación de afamadas bibliotecas públicas en Roma (Vaticana), Venecia (Marciana) y Francia (Fontainebleau y Louvre). Como consecuencia de esto, Felipe II carecía de unos modelos dinásticos previos a seguir. Es cierto que algunos intentos semejantes se habían producido en Castilla durante el siglo anterior<sup>(2)</sup>, pero ni Alfonso V en Nápoles, ni Enrique IV ni Isabel la Católica (en Segovia), ni tampoco el emperador Carlos V (en Simancas), habían superado el horizonte *medieval* de la librería-tesoro. No obstante, ante la gravedad de esta situación, dos personajes habían intervenido ante el César, aconsejándole la fundación de una biblioteca real de carácter público: Hernando Colón, hacia 1537, y Juan

---

1. Sobre el mismo se interroga Francisco Javier Campos y Fernández de Sevilla, “La Navidad en el Gabinete de Estampas de la Biblioteca Real de El Escorial”, en Francisco Javier Campos y Fernández de Sevilla (coord.), *La Natividad: arte, religiosidad y tradiciones populares*, San Lorenzo de El Escorial, Real Centro Universitario Escorial-María Cristina, 2009, p. 378 y ss.

2. Tratamos este asunto en *Regia Bibliotheca. El libro en la corte española de Carlos V*. Mérida, Editora Regional de Extremadura, 2005, 2 vols., I, pp. 630-635; y en “Felipe II y los orígenes de la biblioteca humanística de Escorial”, en Franco Buzzi y Roberta Ferro, *La Biblioteca Ambrosiana tra Roma, Milano e L'Europa. Atti delle giornate di studio 25-27 novembre 2004*, en *Studia Borromaica*, 19 (2005), pp. 139-190.

Páez de Castro en 1555. Ambos propusieron en sus memoriales la fundación de una institución semejante a las italianas y francesas arriba citadas. Se desconoce la literalidad de la propuesta colombina ante Carlos V, pero si atendemos a la trayectoria vital del hijo ilegítimo del Descubridor<sup>(3)</sup>, puede suponerse con cierta verosimilitud que aquella estaba muy determinada por la idea de una *biblioteca universal*, incluso antes de que Conrad Gesner sancionara este término. No en vano, Colón pretendió formar una biblioteca con todos los libros impresos en su época, para lo que realizó compras sistemáticas de libros tanto en España como en los principales lugares de Europa. Marcos Felipe, su colaborador y albacea, define este proyecto de la siguiente manera:

*Por la capacidad y viveza de su alto y encumbrado ingenio emprendió cosas grandes y de mucha alteza, entre las cuales la una y más principal fue que hizo juntar todos los libros de todas las lenguas y facultades que por la Cristiandad y fuera de ella se pudiesen hallar; lo cual por algunos príncipes se han hecho, pero fue de los libros que en sus tierras se hallaron; pero él no solamente juntó los que encontró con mucho trabajo y largo tiempo y crecida costa halló, pero dejó dada orden como perpetuamente se buscasen los que después de él se hiciesen de nuevo volumen, que viniesen a las manos de los hombres, y que después de así juntos los tales libros, de ello vendrían grandísimos y utilísimos provechos... Deseó mucho que su librería se conservase y aumentase por ser cosa de tanta calidad que el mundo no la tiene ni ha tenido de la forma y manera que él la dejó principiada<sup>(4)</sup>.*

Sin embargo, Colón no pudo convencer a Carlos V de que tomara bajo su patrocinio los fondos tan ferviente y laboriosamente reunidos (más de quince mil volúmenes), y a su muerte, en 1539, y tras un complejo proceso judicial, su biblioteca acabó en la catedral de Sevilla (1552). Durante este tiempo, el emperador prefirió patrocinar otro tipo de biblioteca *imperial*, basada en un concepto cercano al de *wunderkammer*, y que se planteó desde sus inicios, hacia 1542, como un museo dedicado a la fama dinástica y personal del soberano. Sospechamos que fue Luis de Ávila y Zúñiga, gentilhombre y *protocronista*

---

3. Sobre Hernando Colón, *vid.* Juan Guillén, *Hernando Colón. Humanismo y bibliofilia*. Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2004. Juan Guillén, *Historia de las bibliotecas Capitulares y Colombinas*. Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2006. José Fernández Sánchez, *Historia de la Bibliografía en España*, Madrid, Compañía Literaria, 1994. *Catálogo concordado de la biblioteca de Hernando Colón*. Madrid, MAPFRE; Sevilla, Cabildo de la Catedral, 1993-1995. 2 vols.

4. Citado por Guillén, *Hernando Colón, op. cit.*, pp. 16-17.

del emperador, el inspirador de esta idea. El lugar escogido para su ubicación fue el castillo de Simancas, donde al mismo tiempo se acababa de instalar el nuevo archivo real. No olvidemos que en el Renacimiento los conceptos de archivo, biblioteca, e incluso museo, iban muy unidos, por lo que no ha de sorprender que mientras llegaban a Simancas los primeros legajos de documentación administrativa, Carlos V decidiera depositar en su castillo parte de su cámara, en especial la armería y algunos libros y códices de gran valor, como el *Catálogo Real de Castilla*, de Gonzalo Fernández de Oviedo. Los volúmenes tienen un marcado carácter patrimonial y dinástico, y el monarca, sin duda, era consciente de este contenido, pues no puede considerarse la selección de estos libros como fortuita o accidental. Al contrario, los títulos recopilados respondían a un programa muy meditado. Este proyecto, sin embargo, no tuvo la culminación deseada, pues Carlos V, que no regresaría a Castilla hasta 1556, fue incapaz de impulsarlo<sup>(5)</sup>.

Aunque estas dos iniciativas fracasaran, resulta de interés destacar, por su evidente conexión con la posterior fundación de la Regia Laurentina, el hecho de que Felipe II, en su juventud, no fuera ajeno a la idea de la biblioteca-museo de Simancas, ni a la de crear una biblioteca de carácter universal. Con respecto a lo primero, el príncipe Felipe, como lugarteniente de su padre en los reinos españoles, asistió y colaboró en el proyecto de Carlos V encaminado a establecer en el castillo de Simancas una gran biblioteca imperial. Fue, por ejemplo, él quien ordenó en 1545 que se trasladaran a Simancas los libros que el rey Enrique IV, y después Isabel la Católica, habían depositado en el alcázar de Segovia. Este fondo estaba constituido por unos centenares de códices medievales que habían pertenecido a los reyes de Castilla desde el siglo XIII, entre ellos un ejemplar de las *Cantigas* de Alfonso X el Sabio. La combinación de estos volúmenes junto con los del César tenía un innegable valor propagandístico y dinástico, en la línea deseada por este monarca para su fundación<sup>(6)</sup>. Con respecto al segundo modelo planteado, debemos recordar cómo, al mismo tiempo que lo anterior, el príncipe Felipe dio muestras de una gran afición bi-

---

5. José Luis Gonzalo Sánchez-Molero, "La biblioteca postrimera de Carlos V en España: las lecturas del Emperador", *Hispania*, 206 (2000), pp. 911-944.

6. Tratamos sobre esto en Gonzalo Sánchez-Molero, *Regia Biblioteca*, op. cit., I, pp. 29-38; en *El César y los libros. Un viaje a través de las lecturas del emperador desde Gante a Yuste*, Cuacos de Yuste, Fundación Academia Europea de Yuste, 2008; y en "El caballero, la muerte y el libro. Las lecturas del emperador en Yuste", en el catálogo de la exposición *Carlos V en Yuste. Muerte y gloria eterna*, Madrid, TF Editores, 2008, pp. 145-178.

bliófila, como los algo más de ochocientos volúmenes de su biblioteca personal, inventariados en 1553 por su guardajoyas, evidencian todavía hoy. El principal impulsor de este coleccionismo fue su preceptor Juan Cristóbal Calvete de Estrella, quien concibió la denominada como *Librería rica* principesca desde la perspectiva colombino-gesneriana de crear una gran biblioteca renacentista<sup>7)</sup>. Es más, fue en 1545, coincidiendo con la publicación en Zurich de la *Biblioteca universalis, sive Catalogus omnium scriptorum locupletissimus, in tribus linguis, Latina, Graeca et Hebraica*, de Gesner, cuando Calvete emprendió entre dicho año y 1547 varias compras masivas de libros impresos para la biblioteca del heredero, especialmente en latín y en griego. No debe desdeñarse, sin embargo, la posibilidad de que en el preceptor palatino influyeran otras circunstancias. Por ejemplo, es posible que tuviera noticias del proyecto colombino, pues su propio maestro, el Comendador Griego Hernán Núñez de Guzmán, había colaborado con Colón, recomendando a varios estudiantes para que trabajaran en su biblioteca sevillana. Llama también la atención el hecho de que los libros adquiridos para el príncipe fueran encuadernados siguiendo un estricto modelo heráldico, que recuerda las cubiertas heráldicas que Francisco I dispuso para los volúmenes de las bibliotecas reales del Louvre y de Fontainebleau. Como fue precisamente la visita de Carlos V a este castillo en 1539 uno de los principales motivos que le impulsaron a fundar su propia biblioteca imperial en Simancas, tal coincidencia permite sospechar la existencia en la corte española, durante los años siguientes, de una preocupación bibliográfica desconocida hasta entonces, de la que surgieron los proyectos tanto de Simancas como de la Librería rica filipina, cuyos libros, primorosamente encuadernados, fueron guardados en el Alcázar de Madrid entre 1546 y 1547.

Ahora bien, la recopilación y depósito de estos fondos, dinásticos en un caso, humanísticos en el otro, constituyeron dos esfuerzos sin continuidad. Ni en Simancas ni en Madrid se fundó con ellos una biblioteca regia de carácter público, perdurando en consecuencia, su carácter de bienes privados de la familia real. Quizá esto pueda explicarse por las continuas ausencias de sus dos impulsores, Carlos V, quien permaneció fuera de España, de manera permanente, entre 1543 y 1556, y su hijo Felipe, quien se ausentó entre 1548 y 1551, y de nuevo entre 1554 y 1559, pero también debe tenerse en cuenta otro factor intelectual, probablemente de mayor importancia. Hacia 1555, tanto la idea de que era posible reunir toda la producción bibliográfica de la época, como el

---

7. José Luis Gonzalo Sánchez-Molero, *La "Librería rica" de Felipe II. Estudio Histórico y catalogación*, San Lorenzo de El Escorial (Madrid), Ediciones Escorialenses, 1998.

sueño de una biblioteca imperial concebida al estilo de una cámara de las maravillas, se presentaban como empresas tan espectaculares como impracticables. La multiplicación de ejemplares que trajo consigo la imprenta había generado un incremento tan extraordinario de obras y de autores, que no era factible ya su congregación en una biblioteca. Y con respecto al segundo proyecto, éste quedó en suspenso hacia 1553, tras fracasar Carlos V frente al luteranismo en Alemania y ante Francia en el asedio de Metz. Profundamente deprimido por esta derrota, el monarca se retiró a Bruselas y se determinó a abdicar en su hijo entre 1555 y 1556. Su fama ya no le preocupaba, sino su alma.

Fue entonces cuando se propuso la conversión de este proyecto simanquino en una nueva biblioteca real de carácter público. En 1554 Juan Páez de Castro, que había estado sirviendo en Roma al embajador Diego Hurtado de Mendoza y al cardenal de Burgos, Francisco de Mendoza y Bobadilla, viajó con éste hasta los Países Bajos. El prelado deseaba entrevistarse con el emperador. Por entonces ya se tenía por seguro en la corte que el César iba a abdicar en su hijo. Por esta razón, cuando en 1555 don Felipe, rey de Inglaterra y príncipe de las Españas, regresó a los Países Bajos, fue recibido ya como el futuro rey. Páez se reencontró en Bruselas y Amberes con antiguos compañeros de Valladolid, en particular con Calvete de Estrella y con Bernabé de Busto, y, junto con estos, no tardó en participar en las interesantes relaciones que de inmediato se trabaron, o reanudaron, entre el *entourage* del Príncipe y los cenáculos humanísticos que, tras el *Felícísimo viaje*, se habían desarrollado en los Países Bajos, integrados por naturales de aquellas regiones y residentes españoles. En estos cenáculos, situados fundamentalmente en Amberes, Bruselas y Lovaina, se generó un interesante programa de gobierno para el futuro rey, en el que, desde una óptica reformista e irenista, (muy dominada por el influjo de la conversión pacífica de Inglaterra al catolicismo), se proponían una serie de medias en temas políticos, económicos, religiosos y culturales. El célebre memorial que Páez de Castro presentó entonces al rey, proponiendo la creación de una Biblioteca Regia, nació en medio de este ambiente político y cultural, con el que debe ser puesto en relación. En realidad, el memorial fue sólo una parte de un proyecto más amplio de difusión cultural que, desde estos cenáculos, se esperaba fuera apoyado y promocionado por el nuevo rey, cuya educación humanística y su mecenazgo habían sido ampliamente loados en los Países Bajos por su antiguo preceptor, Calvete de Estrella, el creador de la *Librería rica*.

Uno de los ejemplos de este ambiente nos lo proporciona Sebastián Fox Morcillo, amigo de Páez y de Calvete en la corte de Bruselas, quien cuando



dedicó al cardenal Bobadilla y Mendoza su *De imitatione, seu de informandi Styli ratione...* (Amberes, 1554), hizo preces en su proemio para que todos los sabios de España publicaran sus ideas, anhelando la llegada de una nueva edad dorada para las letras en España, bajo el gobierno de Carlos V y de su hijo Felipe. :

*Así sucedería ciertamente que en poco tiempo igualaríamos en erudición y abundancia de escritos la gloria de las hazañas bélicas e igualaríamos también a aquellos antiguos Quintilianos, Sénecas, Lucanos, Marciales, Columelas, o tendríamos otros más sabios que ellos. Pero hay que empezar alguna vez, y más en esta época en que estamos, en la que el esplendor del imperio, que se halla en Carlos y en su hijo Felipe, se une el adorno de la cultura de esta edad, tan floreciente*<sup>(8)</sup>.

Sus palabras son testimonio de fehaciente de las esperanzas que los humanistas españoles y belgas albergaban con respecto al nuevo rey, una nueva era en lo cultural, como también lo político y en lo religioso. Fox Morcillo fue también el primero en tratar de dotar a Felipe II de un programa teórico de gobierno, con su *De Regni, Regisque institutione* (Amberes, Gerard Spelman, 1556)<sup>(9)</sup>. Dedicada a Juan de la Cerda, duque de Medinaceli, en este diálogo humanístico el humanista sevillano propone, por boca de Aurelio, todo un programa de gobierno para el Rey, diseña (entre otras muchas propuestas) un modelo educativo, considerando como uno de los deberes de los reyes la fundación de academias y de estudios públicos<sup>(10)</sup>.

En la misma línea se sitúa la *Institucion de un rey christiano*, de Felipe de

---

8. En Victoria Pineda, *La imitación como arte literario en el siglo XVI español. (Con una edición y traducción del diálogo De imitatione de Sebastián Fox Morcillo*, Sevilla, Diputación Provincial de Sevilla, 1994, p. 181.

9. Existe un estudio de esta obra: R. W. Truman, "Sebastian Fox Morcillo's *De regni regisque institutione* (Antwerp, 1556). Humanist Approaches to Empiricism". En I. D. Mcfarlane, (ed.), *Acta Conventus Neo-Latini Sanctandreami*. (Binghamtom, Nueva York, 1986). Sobre la obra de Fox *vid.* también los trabajos de Antonio Espigares Pinilla, "Reflexiones en torno al tratado De honore de Sebastián Fox Morcillo", en Ana María Aldama Roy (coord.), *De Roma al siglo XX*, 1996, vol. 2, pp. 697-706, y especialmente *La cuestión del honor y la gloria en el humanismo del siglo XVI a través del estudio del "Gonsalus" de Ginés de Sepúlveda y del "De honore" de Fox Morcillo*, Madrid, Universidad Complutense, 2002.

10. Sebastián Fox Morcillo, *De regni regisque institutione libri III...*, Antuerpiae : apud Gerardum Spelmannum, 1556 (typis Io. Withagij), ff. Bb1v-Bb2v.

la Torre, obra este autor aragonés pretendía instruir al nuevo monarca en unos principios de gobierno humanísticos, que todavía eran defendidos en los Países Bajos y que muchos, a la luz del entorno del joven rey, creían posible relanzar. Torre propone un modelo de *rey sabio*, y en el capítulo tercero, titulado *Quanta necesidad tienen los Reyes y Señores de leer libros, y de hombres que les aui-sen la verdad*, afirmaba: *Dos causas entre otras hallaran los Sabios para persuadir à los Señores que leyessen libros: la primera, porque tienen gran falta de hombres que les digan la verdad, la segunda porque tampoco tienen quien ose con libertad de reprehender sus faltas y vicios*<sup>(11)</sup>. Para fundamentar la primera causa, de la Torre se apoya en Séneca y en Plutarco, y concluye: *De aqui vino que Platon llamaua aquellas republicas bienauenturadas, donde o los Reyes sabian filosofia, o los que la sabian gouernaban*<sup>(12)</sup>, cita platónica típica del modelo erasmiano del *principis christiani*. Con respecto a la segunda causa, recurre el autor a Isócrates, *Orador griego y muy docto varón*<sup>(13)</sup>, y a sus consejos al rey Demócrito para *que se dicesse à leer libros: porque (dize) estos no tienen empacho de dezirte lo que sienten, ni temen (como los criados) de descubrirte tus vicios, y dar juntamente el remedio para ellos*<sup>(14)</sup>.

Mientras estos autores aconsejaban a Felipe una determinada política cultural, Páez de Castro redactaba y entregaba su famoso memorial. En la primavera de 1555 le llega el nombramiento de cronista y capellán real, con un pequeño intervalo de tiempo entre una y otra merced<sup>(15)</sup>. El mismo nos dice que los referidos nombramientos *los debo a un grande amigo que tengo en la Cámara de su Magestad, flamenco, que se llama Guillaume Van Male, al que yo conocí en el Concilio de Trento: él ha sido el movedor de todo, después le ayudarán muchos, entre los cuales fue el Cardenal mi patrón, y el comendador mayor D. Luis de Avila*<sup>(16)</sup>. El cardenal al que se refiere es don Francisco de

---

11. Felipe de la Torre, *Institucion de vn Rey Christiano: colegida principalmente de la santa Escritura, y de sagrados Doctores por el Maestro Felipe de la Torre ...*, En Anuers : en casa de Martin Nucio ..., 1556, fol. 16r.

12. *Ibidem*, fol. 18r-v.

13. *Ibidem*, fol. 18v.

14. *Ibidem*, fol. 19r.

15. Constancio Gutiérrez, *Espanoles en Trento*, Valladolid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto “Jerónimo Zurita,” Sección de Historia Moderna “Simancas”, 1951, p. 666. Páez residía en la Corte desde el principio de 1555, según fe dada por Francisco de Eraso (Gante, 24-sep-1556). Archivo General de Simancas, *EMR-Residencias*, leg. 8, fol. 358.



Mendoza y Bobadilla. Hacia 1558 debió convertirse en secretario del arzobispo Carranza, pues en la conocida declaración de fray Baltasar Pérez ante el Santo Oficio sevillano, acusa a Páez poco menos que de ser el *soplón* infiltrado en la Corte de Bruselas que mantenía informados de cualquier peligro a los heterodoxos miembros del cenáculo de Lovaina, sirviéndose para este fin de sus relaciones como secretario del prelado.

Si la acusación era cierta, Felipe II no dio muestras de saberlo. En estos primeros años al servicio del Monarca escribió una traducción al castellano de la *Odisea*, que quedó inédita, y propuso la creación en Valladolid de una gran biblioteca real, proyecto que después se haría realidad (muy modificado) en la gran biblioteca escorialense. Aunque el contenido de este memorial se ha interpretado en relación con la posterior fundación de la biblioteca de El Escorial, en realidad su propósito iba enfocado a reactivar el citado proyecto del castillo de Simancas, adaptándolo a los modelos renacentistas (que el propio humanista había conocido en Venecia y en Roma). Páez aconsejó el traslado de los fondos desde el aislado castillo a la ciudad de Valladolid, sede entonces de la Corte, y la *reconversión* de la biblioteca en un centro de lectura y de difusión cultural, a través de la compra de obras en las lenguas clásicas y orientales y de la creación de una imprenta. Ahora bien, las ideas propuestas por Páez de Castro deben verse en un contexto cultural más amplio que el ofrecido por su memorial. En primer lugar, el citado programa cultural que se desarrolló en la nueva corte filipina de Bruselas, entre 1555 y 1559; en segundo lugar, la herencia de las bibliotecas de Juana la Loca, Carlos V y María de Hungría, que imbuyeron en Felipe II un profundo sentido dinástico del libro como bien de la Corona; y en tercer lugar el ejemplo de la rica cultura bibliófila que se había desarrollado en los Países Bajos, y de la que Margarita de Austria y María de Hungría habían participado de manera tan activa. La contemplación no sólo de los fondos de la biblioteca real de Borgoña, sino el conocimiento de las esmeradas librerías que los cortesanos flamencos poseían, fueron un acicate para el nuevo rey, así como para los españoles que le acompañaban.

De esta manera, no ha de sorprender que en 1559 Felipe II decidiera fundar en Bruselas una primera Biblioteca Real, reuniendo los libros que había

---

16. Diego José Dormer, *Progresos de la Historia en el Reyno de Aragon, y elogios de Geronimo Zurita, su primer coronista ... : contienen varios sucessos desde el año de M.D.XII hasta el de M.D.LXXX ...* En Zaragoza : por los herederos de Diego Dormer, 1680, p. 553. Páez de Castro a Jerónimo de Zurita (ago-1555). Sobre esta época y la bibliofilia del humanista de Quer, vide Arantxa Domingo Malvadí, *Bibliofilia Humanista en tiempos de Felipe II. La Biblioteca de Juan Páez de Castro*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2011.

heredado de la antigua colección de Margarita de Austria, guardados en el castillo de Turnhout por María de Hungría<sup>17</sup>. Se trataba de una *librería-tesoro* compuesta por una magnífica colección de ricos códices iluminados, escritos en francés, y que habían sido recopilados tanto con una mentalidad dinástica y política, como también para servir en el ocio de las cortes femeninas de ambas soberanas. Ubicada durante décadas en Malinas, María de Hungría la recibió de su tía Margarita como herencia en 1531. En su poder permanecería hasta que en 1555, decidida a viajar a España junto con su hermano el César, trasladó estos códices al castillo de Turnhout, quizá con el propósito de que se convirtieran en una *librería-tesoro*, de marcado carácter dinástico, al estilo de la de Simancas. Al trasladar los libros a Bruselas, Felipe II efectuaba un gesto de gran calado político, pues se temía que el rey (extranjero) se llevara estos libros (de tan honda importancia dinástica y nacional para los flamencos) a España, para reunirlos con el resto de la biblioteca de María de Hungría; pero era también un gesto hacia el programa cultural que, como acabamos de estudiar, se le había propuesto desde distintos espacios. El *libro*, como difusor de la cultura y del pensamiento, era protegido. A su cargo dispuso a Vigle van Aytta Zwykems, un afamado jurista y consejero neerlandés, quien supo desarrollar una excelente política de adquisición de patrimonio bibliográfico, determinado en gran parte por los objetivos *historicistas* y de propaganda de la Casa de Borgoña que ya había inspirado la bibliofilia de Margarita de Austria.

Para ésta, su biblioteca tuvo un fuerte significado dinástico, vinculado tanto con la Casa de Austria como con la de Borgoña. No en vano desarrolló una constante política para adquirir nuevos fondos, con los que enriquecer su *riche libraire* de manuscritos, y recuperar su antiguo esplendor dinástico. Margarita era consciente de que tras la muerte de su abuelo Carlos el Temerario,

---

17. Sobre estas bibliotecas *vid.* L. P. Gachard, "Notice sur la librairie de la reine Marie de Hongrie, soeur de Charles Quint, régente des Pays-Bas", en *Compte-rendu des séances de la commission royale d'histoire, ou recueil de ses bulletins*, 1 (1845), pp. 224-246. Gh. de Boom, "La librairie de Marguerite d'Autriche", *Revue de l'Université de Bruxelles*, I, oct-nov, 1926, pp. 1-40; *Marguerite d'Autriche-Savoie et la Pré-Renaissance*, París-Bruselas, 1935; M. Debae, *La librairie de Marguerite d'Autriche: exposition Europalia 87 Österreich: Bibliothèque Royale Albert Ier, Chapelle de Nassau: du 18 septembre au 5 décembre 1987. Catalogue par Marguerite Debae*, Bruselas, Bibliothèque Royale Albert Ier, 1987. Y finalmente C. Lemaire, *De librije van Maria van Hongarije*, en B. van den Boogert y J. Kerkhoff, *Maria van Hongarije tussen keizers en kunstenaars van Hongarije 1505-1558*. Waanders Uitgevers, Zwolle, 1993, pp. 179-188, y "La bibliothèque des imprimés de la reine Marie de Hongrie régente des Pays-Bas, 1505-1558", *Bibliothèque d'Humanisme et Renaissance. Travaux et Documents*, 58 (1996), pp. 119-139.

en la batalla de Nancy (1477), y el interregno sangriento que le siguió, la biblioteca ducal de Borgoña, como el resto de los bienes patrimoniales del difunto, sufrieron un triste saqueo. Su hija María de Borgoña se había visto obligado a vender gran parte del tesoro ducal, para pagar los gastos de la guerra con Francia, o para avalar grandes préstamos, entre 1478 y 1487<sup>(18)</sup>. Restañar esta herida fue uno de sus objetivos. En 1559 el nuevo rey tomó buena nota de estas ideas, y parte de las mismas se incorporarían en el proyecto de El Escorial diez años más tarde. Es más, en 1579 el secretario Gabriel de Zayas escribió a Benito Arias Montano encargándole, de parte del rey, que diera noticias sobre cómo se estaba organizando la *Biblioteca Regia* de Bruselas, por si pudiera servir como modelo para El Escorial: *S.M. holgaría saber en qué términos va la Biblioteca Regia, y por qué orden y de qué manera se han de tener los libros, por ver si habrá de tomar la traza o algo de ella para los de su Monasterio*<sup>(19)</sup>.

Sin embargo, nada parecido llegó a ejecutarse en España cuando Felipe II regresó en 1559. Si la decisión de fundar una biblioteca real en la capital de los Países Bajos se pudo interpretar como el preludio del establecimiento en España de una institución parecida, la decepción hubo de ser completa. Durante dos años la Corte se trasladó desde Valladolid a Toledo, y después hasta Madrid, buscando una ubicación fija. Cuando finalmente el rey entró en Madrid (1561) lo hizo acompañado de más de setecientos libros más, que, heredados de su abuela Juana la Loca, de Carlos V y de María de Hungría, se reunieron con los que el Rey Prudente traía de Inglaterra y de Flandes, así como con los que Calvete había comprado años atrás. El conjunto librario superaba los mil quinientos volúmenes. Pero, sorprendentemente, Felipe II desestimó establecer en la villa una biblioteca semejante a la que él mismo había fundado en Bruselas. ¿Por qué? ¿Qué conjunto de factores produjeron el tránsito desde la Torre Alta del Alcázar Real de Madrid al impresionante Salón de Frescos de la Biblioteca de la Laurentina?

En primer lugar, la situación política y religiosa de España había sufrido un brusco giro en 1559, cuando el Santo Oficio descubrió la existencia de importantes grupos de protestantes en Sevilla y Valladolid, entre cuyos miembros estaban destacadas personalidades como el doctor Constantino

---

18. J. Finot, *Inventaire sommaire des archives départementales antérieures à 1790*. Nord. Archives civiles. Série B, t. VIII, Lille, 1895, págs. 164-175.

19. Gabriel de Zayas a Arias Montano (27-jul-1579). En *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España*, (CODAIN), 41 (1862), p. 152.

Ponce de la Fuente, pocos años antes predicador del propio Felipe II. E incluso el arzobispo de Toledo, fray Bartolomé Carranza, fue detenido y encarcelado acusado de tener opiniones heréticas. En toda la península se extendió un temor generalizado hacia el libro, como medio de divulgación del protestantismo, y no ha de sorprender que en 1559 se publicara el primer gran índice español de libros prohibidos. Ya el año anterior la Corte de Valladolid se había escandalizado ante el hecho de que los oficiales del Santo Oficio encontraran ejemplares del *Catecismo* de Carranza en manos del príncipe don Carlos y de otros nobles. Este tipo de episodios se decidió que tuvieran escasa notoriedad pública en adelante. La idea de fundar una biblioteca quedó *aparcada* mientras se calmaba la situación religiosa y el rey lograba consolidar un nuevo sistema de gobierno, de acuerdo con sus gustos e intereses. Sobre todo si tenemos en cuenta que una parte muy importante de los fondos regios estaban contenidos en las listas del Índice inquisitorial (1559). No se procedió a una expurgación masiva de los libros en palacio, pero su existencia fue disimulada.

En segundo lugar, el desarrollo de una potente máquina burocrática y propagandística que sustentara la naciente Monarquía Hispánica, surgida tras la división dinástica del Imperio carolino, determinó también cambios en la idea del libro difusor de la cultura y del pensamiento. Al establecer la corte en Madrid (1561), el diseño de la Torre Alta del Alcázar respondía a una mixtura entre la idea de una librería universal y el modelo medieval de tesoro. El gran giro de 1559 determinó que el modelo de biblioteca real de Bruselas fuera considerado como un episodio previo y demasiado vinculado al ambiente cultural neerlandés, de modo que sus pautas debían ser modificadas en España. Esto incluía al proyecto de Páez de Castro, que no pudo concretarse desde su presentación en 1555-1556 ante el rey. Ya no era posible una conciliación entre las diferentes iglesias protestantes y la iglesia de Roma. Además, los sucesos de España habían puesto de manifiesto que el país no era inmune a la amenaza de la herejía. En el entorno real se trató de articular un nuevo discurso político coherente, legitimador del reinado que se iniciaba. Es de este modo como se modeló el denominado proyecto *confesionalista* de Felipe II, que consistió en la imposición de un sistema católico de creencias sociales, una compleja reforma de la administración y un rígido control de la iglesia y la nobleza por parte de la Corona. En este ambiente el rey decidió fundar en El Escorial un gran monasterio jerónimo donde sepultar a su padre y a los otros miembros de su dinastía. Hacia 1561 Felipe encomendó al arquitecto Juan Bautista de Toledo que levantara los primeros planos de un colosal monasterio, se buscó una localización adecuada y, por fin, la primera piedra se puso el 23 de abril de 1563.

Podría pensarse que en estos años fundacionales del monasterio el rey ya tenía decidido que el edificio contuviera una magnífica biblioteca. Mas no fue así. Inicialmente, el proyecto arquitectónico de El Escorial no contempló la inclusión de una biblioteca real pública, sino sólo una librería monacal y una colección de libros litúrgicos para el Panteón imperial, continuación de la idea de *tesoro*. Su ubicación en una torre dentro del ámbito monacal desvela este destino. Esta torre no se construyó finalmente, pero todavía se observan restos de su traza inicial en la larga fachada que en la actualidad da a un estanque.

En nuestra opinión, hubo que esperar a que la *tormenta* religiosa amainara, hacia 1564, para que a partir de en este momento tomara cuerpo la idea de la Laurentina como una gran biblioteca renacentista. Y la *chispa* que generó este proceso no fue una meditada decisión del monarca, sino una venturosa coincidencia. En 1564 empezó a discutirse la necesidad de crear un Colegio o seminario en el monasterio, dotado con una biblioteca propia. Los jerónimos no aventuraban que con esta propuesta iba a convertir el nuevo monasterio de la Orden en la sede de una gran biblioteca real, pero la ocasión fue aprovechada (no sabemos en verdad por quién) para proponer de nuevo al Rey el proyecto más ambicioso de establecer en el monasterio la primera biblioteca real pública española. Alguien debió convencerle de que al edificio le faltaba una joya cultural de este tipo. Fue entonces cuando se elaboró el primer catálogo de los libros que tenía Felipe II en Madrid, que fue remitido ese mismo año al prior Huete para que diera su opinión, y que fue ampliado y corregido, tras perderse, en 1565<sup>(20)</sup>.

Tras obtener la aprobación de la comunidad jerónima a la nueva idea regia, en noviembre de 1566 se encaminan ya hacia el Monasterio los cientos

---

20. Así parece deducirse de que la lista de libros del Rey, hallados en poder de Juan de Serojas en 1574, fuera cotejada con “el catalogo de 1565”. *Catalogo de los libros de Su Mag. que se hallaron en poder de Serojas a (en blanco) de março de 1574*, Real Biblioteca del Monasterio de El Escorial (RBME), &-II-15, fol. 314v. En este año se iniciaron las entregas de libros a El Escorial, y es de suponer que fue entonces cuando Felipe II ordenó un inventario completo de su biblioteca. Sin embargo, en una carta de 7-jun-1564, el Prior fray Juan de Huete escribe a Pedro del Hoyo que ya había visto “el catálogo de los libros que su mag. tiene”, y que se lo había devuelto junto con un memorial. Pero Hoyo no lo encontraba entre sus papeles, y Felipe II le escribe al margen de la carta citada que el Prior tenía razón, y que si no hallara el catálogo, le avisara para buscarlo o enviar otro. Probablemente no se halló, y en 1565 se hizo uno nuevo, que fue el definitivo. Si el documento que en 1564 manejó el Prior de El Escorial hubiera sido una copia, el tema no habría tenido tanta trascendencia, pero por el contexto parece deducirse que se trataba del original.

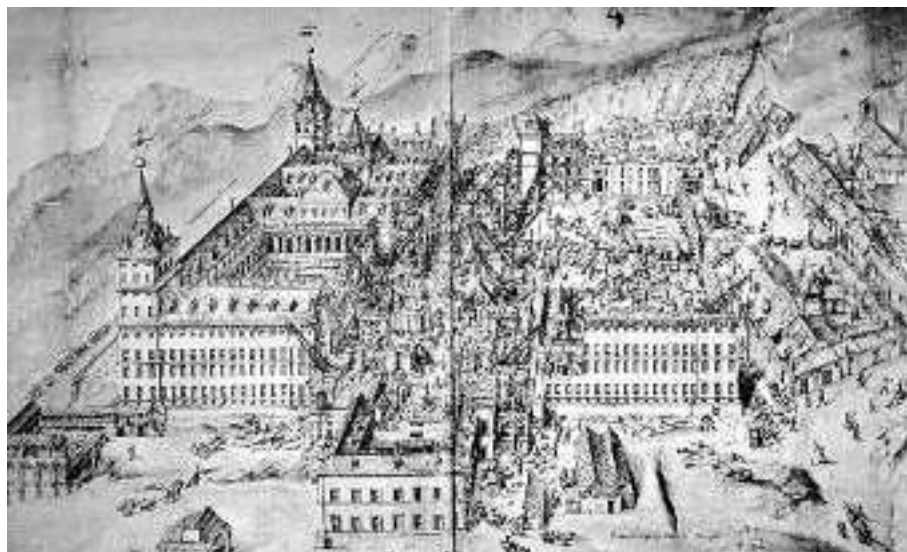


de volúmenes de la *Librería rica* del rey, entrega que no concluye hasta 1567. Los libros quedaron depositados en la Fresneda, una casa en la que se asentaron los primeros jerónimos mientras se construía El Escorial. Guardados en sus cajas y arcones, esperaron así hasta el momento de poder ser trasladados al edificio. El origen de estos fondos era plenamente regio, lo que permite atisbar que esta biblioteca real no se diferenciaba en su concepción inicial de la fundada en Bruselas en 1559. En realidad, sólo supuso el traslado al Escorial de la librería de la Torre Alta del Alcázar. En un principio, los libros que llegaron a El Escorial provenían de la biblioteca que Felipe II había reunido en Alcázar Real de Madrid. Presentaban un marcado carácter regio, pero, puesto que el monasterio de San Lorenzo se construía como un mausoleo de los Austria, era coherente que la librería anexa respondiera también a un concepto dinástico. Por tanto, entre 1565 y 1569 Felipe II fue enviando al monasterio en construcción gran parte de los libros de su colección personal, en tres grandes grupos cuidadosamente seleccionados. En primer lugar, el rey remitió sus códices litúrgicos, en especial aquellos que podían considerarse como verdaderas reliquias: el manuscrito del *De baptismo*, de San Agustín de Hipona, los cuatro evangelios del *Codex Aureus*, el *Apocalipsis de Saboya*, o los evangelios de San Juan Crisóstomo. En segundo lugar, durante los meses siguientes fueron llegando la práctica totalidad de los fondos provenientes de la *Librería rica* del monarca, divididos por materias (teología, filosofía, matemáticas, astrología, medicina, derecho, historia y gramática), todos en latín, y después, el 25 de enero de 1567, llegaron los volúmenes en griego según la misma división. El 14 de febrero se completó la entrega con un nuevo lote de impresos latinos. En tercer lugar, entre marzo y junio de 1567, el rey remitió a los frailes escorialenses otro gran grupo de impresos y manuscritos, descritos como *de diferentes encuadernaciones*, casi todos en latín, griego y castellano, que en su mayor parte provenían de las bibliotecas de Juana la Loca, Carlos V y María de Hungría. Poco después llegaron desde Simancas los libros que Isabel la Católica había depositado en Segovia, y en 1591 Felipe II logró también que le fueran entregados los que estaban en la Capilla Real de Granada. De esta manera, se logró reunir un compendio de la bibliofilia regia hispánica desde el siglo XIII hasta fines del siglo XVI, donde podemos encontrar desde dos códices de las *Cantigas* de Alfonso X el Sabio a los *Breviarios* de Isabel la Católica, Carlos V y Felipe II.

No se produjo, pues, una entrega masiva de libros, sino un meditado programa basado en la selección de los mismos. Su carácter dinástico es innegable, pero al incluirse los ejemplares de la librería del rey siendo príncipe, su

contenido humanístico está muy bien representado, no sólo por los autores y las materias que contenían, sino también por las lenguas escogidas, latín y griego fundamentalmente, con un pequeño espacio para las obras en castellano. En el Alcázar quedaron los libros duplicados, los prohibidos y los que estaban escritos o impresos en francés. Sobre estos últimos, recordemos que Felipe II estaba casado entonces con Isabel de Valois, hija del rey Enrique II de Francia, y que quizá tales volúmenes eran leídos por la reina en compañía de sus damas. Esta nueva biblioteca tenía cierta relación con la proyectada por Carlos V en Simancas. No olvidemos que El Escorial fue concebida como su mausoleo, pero el objetivo y propósito de la misma no iba ya a ser el mismo.

Casi al tiempo que los volúmenes arribaban a la Fresneda, cerca del monasterio en construcción, Juan de Herrera cambió la traza inicial de Toledo y situó la nueva biblioteca real en la fachada principal, en un espacio central, que daba al Patio de Reyes y a la Basílica. Sus cambios arquitectónicos definen de manera perfecta el giro que al proyecto había dado Felipe II. Se vislumbra como el rey concibe el nuevo edificio como un gran monumento dinástico, en el que los conceptos de mausoleo y basílica, es decir, de Dinastía y de Fe, debían ir acompañados con el concepto de Cultura. Y esta idea Juan de Herrera la traduce en un gran eje arquitectónico que atraviesa de parte a parte el Real Monasterio, dejando a cada uno de los lados los patios dedicados al Colegio y al Monasterio, mientras que desde la fachada el visitante transita por un espacio que comienza en la biblioteca, continua por el Patio de Reyes, se adentra en la gran basílica, con el mausoleo bajo el altar, y concluye en las casi ocultas habitaciones reales. Cuando se accede al pétreo Patio de Reyes del monasterio de El Escorial, la mirada del visitante suele dirigirse hacia el frente, donde desde hace cuatro siglos esperan su particular homenaje las estatuas de David, Salomón y otros reyes bíblicos. Pocas veces, sin embargo, se mira hacia atrás, hacia el pórtico que da entrada al patio. En consecuencia, no suele repararse en que allí está la biblioteca, y tampoco se advierte en lo extraño de tal ubicación, en la fachada principal del monasterio. ¿Por qué se escogió este lugar para guardar los libros? Cuando una de las principales críticas que se hace a Felipe II es que decidiera instalar una biblioteca real en un paraje tan alejado de la Corte, como entonces lo era el Escorial (*cenotafio de libros* llegará a denominarla algún erudito), no se entiende que sea precisamente en el espacio arquitectónico más preferente y accesible del monasterio donde se ubicara dicha biblioteca. Resulta evidente que el Rey Prudente no pretendía ocultar los libros.



La construcción del Escorial en un dibujo coetáneo de Anton van Wingaerde (Antón de las Viñas)

Ahora bien, ¿qué tipo de biblioteca se adecuaba a este concepto tan propagandístico? Para averiguar la respuesta quizás nos sea necesario abandonar el herreriano Patio de Reyes, subir los escalones que nos dan acceso al Salón de Frescos de la biblioteca de El Escorial y admirar su programa iconográfico. Es evidente que sus dimensiones (54 metros de largo, 9 de ancho y 10 de alto) y su impresionante bóveda de cañón, nos remiten a un modelo renacentista de biblioteca, alejado de la idea medieval y monástica de librería-torre. También su iconografía es humanística. La bóveda está dividida en siete zonas, ornamentadas con pinturas al fresco que representan las siete artes liberales. Cada una está representada por una figura alegórica, por dos historias relacionadas con ella y por las figuras de cuatro sabios. Por último, en los frontispicios testers se hallan representadas la Filosofía (al norte) y la Teología (al sur). Aun cuando ya no hubiera volúmenes impresos o manuscritos en los estantes (que fueron vaciados en 1810 y en 1937 por la mano de soldados napoleónicos y republicanos), no tendríamos duda alguna acerca del genuino perfil renacentista de esta biblioteca. El Rey Prudente deseaba que aquella *librería real* fuera



una biblioteca *universal* de carácter público, y que funcionara a su vez como un centro editorial. Así, tanto en su concepto como en sus contenidos, la *Regia Laurentina* se constituyó como un fruto, algo tardío, de la bibliofilia humanística de los siglos XV y XVI. Destaquemos que fue también en este momento cuando se emprendió el gran proyecto tipográfico de la *Biblia Regia*, propuesto en 1567 por Cristóbal Plantino al monarca español, lo que nos evidencia el gran impulso cultural que se estaba propiciando.

¿Cómo se transformó esta inicial librería-tesoro, de carácter dinástico, en una biblioteca netamente humanística? La bibliofilia de Felipe II no era una cuestión de apariencia, sino de verdadera afición. Fue el mismo monarca, cuando se realizan las primeras entregas de libros a la biblioteca de San Lorenzo, quien escogió personalmente aquellos que deben ir al monasterio, y con el Catálogo de 1565 en la mano, los anota, creando un particular sistema de signaturas, y haciendo curiosos comentarios acerca de sus libros. Cuando hubo alguna duda, fue el rey quien la resolvió, no sus secretarios, demostrando su autoridad en todo lo concerniente a la materia. Sin embargo, a partir de 1570 se evidenció que no bastaba que el monasterio fuera un depósito de los libros regios, ni tampoco que el monarca que lo impulsaba fuera un bibliófilo. Incluso los duques de Florencia habían entrado en la elite cultural de la bibliofilia institucional con su librería Medicea. ¿Podía Felipe II, el mayor monarca de la Cristiandad, competir con ellos en este terreno? Si lo que se pretendía era que El Escorial se convirtiera en un centro cultural que compitiera con las otras grandes bibliotecas de la época: la Vaticana en Roma, la Marciana en Venecia, o la del Louvre, en París, era necesario recabar la ayuda de consejeros especializados.

Es entonces cuando surge un meditado propósito para convertir la biblioteca de El Escorial en uno de los grandes centros culturales de su época, retomándose así las ideas del memorial de Páez de Castro entregado en 1556, si bien se iba ya más allá en sus ambiciones. Es más, no fue este memorial el principal apoyo para este nuevo desarrollo de la idea de la Laurentina, sino que (de un modo que resulta curioso, e incluso paradójico) en la Corte se acudió al ejemplo más cercano del difunto don Carlos, quién antes de su prisión había impulsado un concepto humanístico de biblioteca real notablemente avanzado, y que marcaría determinadas pautas para El Escorial. Entre 1567 y 1568 éste trató de emular a su padre, creando una biblioteca propia, concebida por don Carlos según el modelo clásico imperante, que reunía en un mismo espacio los libros, las antigüedades y la cámara de maravillas. Para llevar a efecto su propósito el heredero optó por el camino más rápido: comprar las reputadas bi-

bliotecas de importantes bibliófilos españoles, como la de su maestro y obispo Honorato Juan (1566), la del secretario Gonzalo Pérez (1567) y la del embajador Diego Hurtado de Mendoza. Su prisión en enero de 1568 dio al traste con este proyecto, mas es evidente que su padre lo retomó como propio para nutrir los fondos de la *Regia Laurentina*, pues finalmente los libros de los bibliófilos arriba citados fueron depositados en El Escorial, junto con aquellos que fueron del malhadado príncipe<sup>(21)</sup>.

## 2. Los *libros godos* y su papel en el perfil humanístico de la Regia Laurentina

Hacia 1570 Felipe II decidió consultar a varios de los humanistas de su Corte sobre cómo debería concebirse la nueva biblioteca en ciernes. Se hizo asesorar entonces por fray Francisco de Villalba, Ambrosio de Morales, Álvar Gómez de Castro, Antonio Gracián Dantisco y Benito Arias Montano, quienes le aconsejaron sobre tres grandes cuestiones: qué tipo fondos debían tener cabida en la biblioteca, cómo podían obtenerse, y de qué manera deberían consultarse o, dicho de otra manera, cuál sería el propósito final de la biblioteca. Como el monasterio estaba todavía en sus primeras fases constructivas, se trataba todavía de una *biblioteca virtual*, dotada de unos fondos almacenados en arcas, y, por tanto, era un material moldeable sobre el que se podía elaborar una estructura nueva. En esta nueva etapa, la *adquisición retrospectiva de patrimonio bibliográfico* fue la principal prioridad del monarca. No en vano, donde mejor se demuestran las características de una biblioteca es en los libros que contiene, circunstancia que, en los fondos de una biblioteca histórica, convierte a los libros en pequeños y humildes testimonios históricos que nos dan una gran información no sólo sobre sí mismos, sino también sobre sus dueños y sobre sus arquitectónicos receptáculos.

Con esta búsqueda de informes que asesoran al rey sobre dónde y cómo adquirir libros para el monasterio, suele vincularse una carta que en 1568 Páez de Castro escribió al secretario Mateo Vázquez de Lecca, entonces al servicio del cardenal Espinosa. Vázquez le había escrito pidiendo consejo acerca

---

21. Vid. J. L. Gonzalo Sánchez-Molero, *Lectura y bibliofilia en el príncipe don Carlos (1545-1568), o la alucinada búsqueda de la "sabiduría"*, en P. M. Cátedra García y M<sup>a</sup> L. López-Vidriero (dirs.), *La memoria de los libros. Estudios sobre la historia del escrito y de la lectura en Europa y América*, Salamanca, Instituto de la Historia del Libro y de la Lectura, 2004, 2 vols., I, pp. 705-734.

de la compra de una biblioteca, que, si atendemos al contenido de la respuesta del cronista (único documento del que hoy ha quedado noticia), se trataba de los libros del cardenal de Burgos, Francisco de Mendoza y Bobadilla, recientemente fallecido. Ahora bien, no era el rey quien estaba detrás de su compra, sino el poderoso cardenal, presidente del Consejo Real. Páez era el más adecuado para emitir una valoración del precio al que deberían comprarse los libros del prelado burgalés, pues, como el mismo recuerda en su carta:

*Abrá diez y siete años que, por mandado del Ilustrísimo. Sor. cardenal de Burgos, concerté un escribiente, griego de nación [Juan Mauromate, de Corfú], para trasladar algunos libros raros en Roma, como lo fueron los dos libros de Phocio que llamó Myrobiblos (sic.), y otros de Sexto Empírico pagávasele medio real por cada hoja, sin que él pusiese papel ni encuadernacion. Desde aquel tiempo se han las cosas encarecido de tal arte, que no se escribiría cada hoja en un real, como se ve por los escribientes de corte en latón o en castellano. Assí me parece que con la costa de buscar los exemplares y papel y encuadernacion, que meresce bien un real cada hoja de aquellos libros que yo hice escrevir para el Sor. cardenal. Los otros que son de mano moderna en papel, me paresce que se regulen conforme a los que tengo dicho, siguiendo más o menos letras en cada renglón; de manera que si tiene doblada escriptura, se pague dos reales, y, si la mitad menos, se pague medio real, y, si el tercio o quarto más o menos, etc...*<sup>(22)</sup>

Aunque este informe no fue solicitado por el rey, lo cierto es que a *posteriori* ejerció un cierto papel en la idea de la Laurentina. No en vano, el original se encuentra hoy en esta biblioteca. Aunque el cardenal Espinosa no logró llegar a un acuerdo con los herederos del Cardenal Mendoza, antes de que el poderoso prelado falleciera en 1572 el rey manifestó su intención de adquirir los libros. Y así, la carta de Páez se incorporó a la documentación relacionada con este asunto, probablemente proporcionada por el propio Vázquez al secretario Antonio Gracián Dantisco.

En agosto de 1571 Álvar Gómez de Castro le enviaba al monarca una extensa memoria sobre los criterios que solían aplicarse en la compra de libros

---

22. Juan Páez de Castro a Mateo Vázquez de Lecca (Quer, 10 de abril de 1568). RBME, &-II-15, fol. 264r-265r.

antiguos<sup>(23)</sup>. El secretario del rey, Antonio Gracián Dantisco, fue el encargado de organizar las consultas sobre El Escorial, y no ha de sorprender que de inmediato acudiera a Gómez de Castro, que había sido su antiguo maestro, que no era menos conocido por el rey. Además, el humanista llevaba empeñado varios años en la tarea de *modernizar* la vetusta biblioteca de la catedral de Toledo, para lo que también había tratado de hacerse con los libros del Cardenal de Burgos y de Diego Hurtado Mendoza. Esta actitud constituye un curioso precedente de los intentos regios posteriores, así como nos presenta un claro engarce con respecto a la librería principesca que don Carlos había tratado de construir entre 1566 y 1567. En agosto de 1571 Gómez enviaba al secretario real Antonio Gracián Dantisco una extensa memoria acerca de los criterios que solían aplicarse en la compra de libros antiguos, cuyo contenido recuerda mucho a la carta que años antes había escrito Páez de Castro a Mateo Vázquez:

*... la horden que en comprar estos libros suele hauer es, que si el libro griego es antiguo (lo qual se conoçe luego por el pergamino y por la letra) y si es de los autores señalados, qualquier precio valen, porque siruen de original y tiene mucha autoridad, para las verdaderas alegaçiones, y anssi vn arçouispo griego que estubo aquí, quando la corte [sin duda, en 1560], me deçia que el libro inpreso en Greçia no le existimauan (sic.) en nada, y los manuscriptos que eran menos de quatroçentos u quinientos años, no curauan dellos, y que esta antigüedad conoçian ellos por la diuersidad de las letras, como tambien en los libros de latin scriptos en Castilla lo conoçera el que tubiere vn poco de atencion, pero aunque esto sea anssi toda dia (sic.) ay sus conçiertos en estas cossas como abaxo dire.*

*Si los libros no son antiguos, sino trasladados destos originales como se acostumbran azer en Roma y en Beneçia lo ordinario que me dizen que allá se paga en vn real por cada oxa, aca por auer menos que hagan esto toda día la estimaran en real y medio, un Andrea griego natural, que mora en Beneçia y tiene tracto desto, y creo que pocos días a traxo vnos libros a su mag., tractando yo con el de hazer çiertos traslados para la libreria des la yglesia de Toledo, nos conçertabamos vn real por cada oxa.*

---

23. Álvaro Gómez de Castro a Antonio Gracián? (Toledo, 28-ago-1571). Real Biblioteca del Monasterio de El Escorial, &-II-15, ff. 266r-267r.

*Los libros latinos si son antiguos tambien se deben estimar en mucho, siendo como dixe de auctores prinçipales, y más si son de nuestros santos, de los cuales tiene arta copia esta sancta yglesia, y si yo tengo salud, terná muchos más porque ya tenemos lengua de donde poderlos auer, lo qual yo me callaré ahora por allá no nos los salteen, y en lo mismo se an de estimar las istorias nuestras antiguas que estan scriptas en pargaminos arrinconadas donde no las conoçen, hasta dize y doze libros de lo vno y de lo otro me an traido pocos dias ha, que aora no los dariamos por ningun dinero, prinçipalmente dos obras de sant Isidoro nunca inpresas ni uistas y un fuero juzgo scripto en pargamino en latin, y erregione el Romançe de mucha antigüedad, según pareçe por la letra tiene juntamente vnas Cortes scriptas en latin celebradas en Leon por el rey don Alonso el primero, yerno de don Pelayo y vna historia del arçobispo don Rodrigo scripta en romançe, trasladada según pareçe por la letra, lenguaxe y otras conjeturas en el mismo tiempo que se scriuió. Está tan enmendada y conforme a como estaua el original, según parece por algunos de mano que esta sancta yglesia tenemos, que seruira de otro muy buen original para enmendar lan impresa que está muy corrupta, esto he dicho por mouerle alguna invidia y para que sepa que aunque no somos Reyes nos damos buena diligençia que çierto deue de auer ahora alguna constelacion que fauoreze estas cosas, según beo los que menos pensaua tener afiction a esto...*<sup>(24)</sup>

De su informe se extraían algunas normas, como el superior interés de los manuscritos sobre los impresos, y como la necesidad de obtener magníficas colecciones de códices en griego, latín y castellano, por este orden. Éste era un joven helenista, por lo que se comprende que, con la aquiescencia del rey emprendiera una amplia campaña para adquirir manuscritos antiguos en griego en los mercados europeos habituales. Se dio órdenes a sus embajadores en París, Venecia y Roma para que adquirieran en los acreditados mercados de aquellas ciudades códices en griego o en latín, sirviéndose también para este cometido de Arias Montano en los Países Bajos, quien enviaba desde Flandes una interesante colección de manuscritos latinos para El Escorial. En abril de 1573 Gracián escribía entusiasmado al rey: *Quando V. Mag. pudiere verá vna muy buena compra y barata que ha hecho Guzman de Sylua en Venecia, son*

---

24. Álvarez Gómez de Castro a Antonio Gracián? (Toledo, 28-ago-1571). RBME, &-II-15, ff. 266r-267r. En el sobrescripto: “paresçer del maestro Aluar Gomez. Sobre los libros manuscritos”, y de otra letra: “Gastaronse en los libros y sus aparejos nouenta y çinco reales”.

*mucho de stimar los Chrysostomos y Metaphrastes y otros que yo embio rayados, y no ay estudiante de 400 ducados de renta que no diera la mitad della en tal lance, porque fue muy bueno.* A lo que Felipe II contesta en el margen: *Muy buena compra me parece que deue de auer sido esta, no sé si ay estos libros entre los del obispo de Burgos y don Di<sup>o</sup> de Mendoça, myrad lo que he puesto en su carta y en la de Ayala*<sup>(25)</sup>. Es también conocida la anécdota en la que Arias cuenta al secretario Gabriel de Zayas como logró hacerse a muy bajo precio con una colección de cuarenta códices griegos que un mercader heleno pretendía vender a la reina Isabel de Inglaterra. Su precio era de cerca de cuatrocientos escudos, pero los compró por sólo ciento quince escudos, aprovechándose de la penuria del mercader, asaltado por unos ladrones en el camino a Flandes, y ocultando que eran para Felipe II<sup>(26)</sup>.

Pero, si bien la cuestión de los códices en griego y latín era importante (si lo que se deseaba era competir con otras grandes bibliotecas europeas), en su memorial Álvaro Gómez de Castro supo imprimió al proyecto escurialense su particular interés por el estudio de las crónicas medievales hispánicas, en general, y por la obra de San Isidoro de Sevilla, en particular. Esto último captó con rapidez la atención de Felipe II, quien no tardó en patrocinar su proyecto de editar una *Opera omnia* del santo hispalense de época visigótica. Ambrosio de Morales y Jerónimo Zurita eran de la misma opinión. Es cierto que en una primera etapa (1568-1571), la principal preocupación regia se concentró en completar los fondos manuscritos en griego de la nueva biblioteca real, pero a partir de 1572 la búsqueda se centró en los denominados *libros godos*, en realidad, mozárabes, pesquisa que muy pronto se amplió al resto de manuscritos medievales hispánicos. Su interés para el rey y sus consejeros radicaba tanto en su utilidad para la elaboración de una historia de España, como para realizar una magna edición de las obras de san Isidoro de Sevilla. Ambrosio de Morales y Álvaro Gómez de Castro fueron los impulsores de ambas iniciativas ante el Rey. Debe resaltarse a este respecto que durante el reinado de Felipe II se impuso desde la Corte una historiografía de carácter humanístico, que tuvo entre sus objetivos la depuración de las crónicas medievales. No en vano, los cronistas de esta época, como Juan Páez de Castro, Ambrosio de Morales, Jerónimo Zurita y Juan Cristóbal Calvete de Estrella, tenían una notable formación

---

25. Antonio Gracián Dantisco a Felipe II (8-abr-1573). Instituto de Valencia de Don Juan (IVDJ), envío 78, fol. 202.

26. Arias Montano a Gabriel de Zayas (Amberes, 9-nov-1568). En *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España*, (CODAIN), 41 (1862), pp. 137-139.



humanística. Esto les hizo contemplar su trabajo con un gran rigor. Su propósito era el de recuperar la historia medieval de España, y para ello coleccionaron manuscritos antiguos y los cotejaron con otras fuentes escritas, como, por ejemplo, la documentación de archivo.

La recuperación del pasado histórico y cultural de la antigua *Hispania* se ofrecía como una vía muy atractiva, tanto para estos eruditos como para la Corona, que veía en estos proyectos una afirmación de los orígenes históricos de la nueva Monarquía de España. Localizar y adquirir manuscritos antiguos se convirtió en la obsesión de los oficiales reales y de los humanistas a su servicio. Eran los *libros de mano* los que en verdad daban autoridad y fama a las bibliotecas. Pero, ¿cómo encontrarlos? Entonces, no se disponían de inventarios o catálogos colectivos, si bien los eruditos que rodeaban al rey sabían que en las bibliotecas de los conventos, monasterios, abadías, iglesias, cabildos y catedrales existía una notable riqueza bibliográfica, que ellos habían podido consultar para sus trabajos. En ocasiones se trataba de piezas literarias o teológicas de gran estima, pero su antigüedad y valor cultural no eran siempre bien comprendidos por los eclesiásticos. Durante años, los frailes y los cabildos de las iglesias se habían dedicado a mal vender los manuscritos de sus librerías a libreros, encuadernadores y ropavejeros, para comprar con las ganancias nuevos libros modernos, impresos en letra de molde que parecían refulgir como *legados* de una nueva autoridad. Algunos humanistas habían aprovechado para comprar estos manuscritos, rescatándolos de ser troceados para encuadernar otros volúmenes con su pergamino, o para hacer cartón con su papel. Consciente de la importancia de estos fondos, Felipe II emprendió (siguiendo el ejemplo iniciado por su hijo don Carlos) la compra de parte de las bibliotecas de Gonzalo Pérez, Honorato Juan, Martín de Ayala, Páez de Castro o del cardenal de Burgos.

Esta solicita curiosidad por los fondos de origen medieval se encontraba ya presente en la selección de libros que los criados del rey hicieron en las bibliotecas de Martín Pérez de Ayala, arzobispo de Valencia, Honorato Juan, obispo de Osma y Juan Páez de Castro en los años anteriores, pero para obtener un mayor número de códices se recurrió a la ayuda de los principales arzobispos y obispos de Castilla. En 1572 se les dirigió una cédula pidiéndoles relación de las santas reliquias y *de los libros antiguos de diversas profesiones y lenguas escritos de mano e impresos, raros y exquisitos, que eran y podían ser de mucha utilidad*, por tener conocimiento de *que no había habido el recaudo y*

*guarda que convenía* en su custodia y conservación<sup>(27)</sup>. La idea de estas cédulas seguía el modelo de las que pocos años antes se habían remitido a diversas instituciones para que remitieran las escrituras de sus archivos a Simancas. En marzo de 1567 se encomendaba a Jerónimo Zurita que recogiera todas las escrituras que estaban en poder de embajadores, ministros y oficiales que sirvieron a los Reyes Católicos y a Carlos V, para llevarlas a Simancas y entregarlas acompañadas de las correspondientes relaciones de su contenido. En la cédula se explicaba la doble finalidad que se deseaba dar a esta recopilación documental. Por un lado, un fin administrativo, porque sin la recogida de tales papeles *no ai la noticia que convernía para la buena dirección de las (cossas) presentes y de las que cada dia ocurren*; y por otro lado, un fin historiográfico: *Y que assimismo las personas que tienen cargo de escribir la historia e cronicas no tienen el fundamento e luz que devrían tener para que aya de las cossas passadas la verdadera y particular memoria*. Sin embargo, pronto se hizo evidente que Zurita no podía encargarse él solo de una misión tan amplia, y se optó por ordenar a los dueños de los documentos que los entregaran al Archivo de Simancas, en cédulas dirigidas en 1568 a los Consejos de Castilla, de Indias, de Cruzada y de Hacienda, las Contadurías o las Chancillerías y las Audiencias; pero también a las capillas reales de Sevilla, Córdoba, Toledo y Granada; o a herederos de antiguos ministros de la Corona, a sus sustitutos y, por último a cenobios o corregimientos donde pudieran hallarse escrituras de importancia, como los monasterios de San Francisco de Salamanca y San Benito de Valladolid, o la ciudad de Palencia<sup>(28)</sup>.

Las respuestas fueron llegando a la Corte, no con la amplitud que se hubiera deseado, mas su contenido sirvió para que se percibiera el importante legado documental que estaba disperso. Así se hizo patente que este mecanismo de búsqueda, ideado inicialmente para localizar documentos administrativos, podía servir también para la búsqueda de otros documentos, como libros o reliquias. Como decíamos, en 1572 se enviaron cédulas semejantes a los preladados, cabildos catedralicios y generales de las órdenes religiosas para que revisaran sus librerías y remitieran inventarios de los manuscritos de mayor antigüedad, así como de sus reliquias. Antonio Gracián anota en su *Diurnal* que el día 11 de marzo el rey *me dio firmado el despacho para lo de las reli-*

---

27. Texto citado por Guillermo Antolín Pajares, *Catálogo de los códices latinos de la Real Biblioteca de El Escorial*, Madrid, Imprenta Helénica, 1910-1923, 5 vols, V, p. 273.

28. José Luis Rodríguez de Diego, estudio a la *Instrucción para el gobierno del Archivo de Simancas (Año 1588)*, Valladolid, Ministerio de Cultura, 1989, pp. 38-39.



*quias y librería para algunos obispos de España y me dio una cédula del maestro Alvar Gómez y cometió lo en ella contenido de la impresión de los libros de San Isidro, y mandó escribiese al dicho Maestro sobre ello y también supiese lo que en Flandes y en Francia se había hecho en esto de los libros y otras diligencias que a su tiempo cuando se hagan se pondrán por memoria*<sup>(29)</sup>. Una semana después el secretario anotaba en su diario: *Ese día despaché con lo de las reliquias y librerías tres correos, uno para Sevilla, otro a Asturias, Valladolid y Galicia, otro a Burgos, como parece por los portes de ellos asentados en el libro de las cartas escritas por mandado de su Majestad*<sup>(30)</sup>. La recepción de estas informaciones dio lugar poco después al *Viage Santo* de Ambrosio de Morales (1573-1574), con el objeto de que visitara las principales bibliotecas eclesiásticas del norte de España e informara sobre la verdadera calidad de los libros allí existentes. Las reliquias y los enterramientos reales también se incluyeron en su inspección.

Uno de los primeros obispos en contestar al requerimiento regio fue don Pedro Ponce de León, obispo de Plasencia por entonces y conocido erudito y bibliófilo. Muy relacionado con el humanismo áulico, pues era amigo personal de Gómez de Castro, Jerónimo Zurita, Páez de Castro, Honorato Juan y Calvete de Estrella, el prelado estaba en plena sintonía con el proyecto del rey. A finales de abril y principios de mayo de 1572 el obispo comisionó al licenciado Nicolás de Bravo, parroco de la Villa de Garcías, y a Domingo González, un clérigo de su Casa, prebendado en la villa de Torrejón, para que hicieran inventario de las reliquias que se encontraban en estas parroquias, ante escribano o notario. Las lisapnotecas de estos pueblos eran muy conocidas dentro del ámbito de este episcopado extremeño, y su devoto contenido fue remitido a la Corte, conservándose junto con otros documentos al respecto en el manuscrito escurialense &-II-15, ff. 200r-211v. Parece que fueron recibidas estas actas notariales por Gracián, el 12 de junio: *Recibí un despacho del obispo de Plasencia con respecto a lo de reliquias y librerías*<sup>(31)</sup>. Otro obispo muy vinculado con la fundación de El Escorial era Diego de Covarrubias, prelado de Segovia. Cuando se enviaron las cartas a los obispos para que informaran acerca de las reliquias y libros que existían en sus diócesis, Covarrubias se encontraba

---

29. Gregorio de Andrés, "Diurnal de Antonio Gracián, secretario de Felipe II", en *Documentos para la Historia del Monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial*, Madrid, 1962, vol. V, pp. 21-22.

30. *Ibidem*, p. 22.

31. *Ibidem*, , pp. 38-39.

en Burgos, enviado para realizar una visita, o inspección del monasterio de las Huelgas. Este convento femenino tenía la consideración de real desde la Edad Media, y en su interior albergaba un importante panteón regio y una biblioteca conventual formada con los legados de las numerosas princesas e infantas, así como damas de la nobleza, que había profesado en allí durante siglos. La misión de Covarrubias tenía, por tanto, una vertiente muy semejante a la que Ambrosio de Morales emprendería casi al mismo tiempo, en su famoso viaje a León, Galicia y Asturias, buscando reliquias, libros antiguos y tumbas reales medievales. Por el momento, sin embargo, lo primero era atender a lo que, como obispo de Segovia, le competía. Ausente de su diócesis, fueron los canónigos de su catedral quienes se encargaron de localizar los libros y reliquias, remitiendo después a su prelado la relación. Covarrubias envió el informe de las reliquias a la Corte en agosto de 1572<sup>(32)</sup>, pero se reservó el de los libros, porque - según escribe a Felipe II - no estaba bien hecho y cuándo volviera a Segovia haría uno nuevo:

*(...) Quanto a la memoria de los libros antiguos que ai en las librerías del obispado y los que yo tengo en la mía particular; porque en ausentia mia no lo han acertado a hacer y me la han embiado muy mal ordenada, no la embio, como buelba a Segouia entenderé en esto yo mesmo y se embiaran las memorias a V.C.M.*<sup>(33)</sup>

La prevención de Covarrubias hacia este inventario estaba justificada por la gran riqueza bibliográfica que aun hoy se conserva en la biblioteca y el archivo de la catedral de Segovia. En ella se contiene una rica colección de incunables (523 en total). No olvidemos que a la iglesia segoviana legaron sus libros el canónigo burgales Diego de Miranda, en 1479, y el obispo (y gran bibliófilo) Juan Arias Dávila, que ocupó la sede entre 1499 y 1501<sup>(34)</sup>. Ahora bien, el prelado no pudo permanecer en Segovia el tiempo suficiente para acometer la tarea prometida. En el desarrollo de su visita a las Huelgas, recibió el aviso,

---

32. Se conserva esta relación y la carta de Covarrubias (Burgos, 20-ago-1572) en el IVDJ, envío 21, fol. 748.

33. Diego Covarrubias a Felipe II (Burgos, 26-ago-1572). IVDJ, envío 21, fol. 748.

34. Sobre este obispo de origen converso, *vid.* M. E. Contreras Jiménez, *Diego Arias Dávila en la tradición y en la historia*, "Anuario de Estudios Medievales", 15 (1985), pp. 475-495, y el más reciente estudio sobre su bibliofilia de F. de los Reyes Gómez, *El obispo bibliófilo: Arias Dávila y los libros*, en el catálogo de la exposición *Juan Parix. Primer impresor en España*, Segovia, Instituto castellano y leonés de la Lengua, 2004, pp. 225-261.

bajo la cubierta de una carta de Gracián, de que había sido provisto presidente del Consejo de Castilla, en sustitución del fallecido cardenal Espinosa. En octubre de 1572 éste abandonó Burgos y con grandes cautelas se dirigió hacia la corte, donde le esperaba el rey. El nuevo presidente del Consejo sólo se detuvo en Segovia algunos días para recoger su cámara y librería, retomando el camino hacia la corte. Entonces uno de sus criados le aconsejó (no sabemos si por interés cultural, o por miedo a la pesada carga), que no mudase su biblioteca, a lo que el prelado le respondió: *No quiera Dios dexe compañía de tantos años y que tanta honra me ha hecho*. Y, ciertamente, durante los años que estuvo en Madrid no dejó pasar día sin estudiar alguna cuestión en ellos<sup>(35)</sup>. A mediados de noviembre escribía a Gracián comunicándole las paradas de su viaje. El Escorial se encontraba entre ellas, y no por una razón cualquiera. Había querido admirar algunos de los códices de Gonzalo Pérez y Juan Páez de Castro, así como otros *godos*, que ya se encontraban allí.

*En extremo holgué con el nuevo auiso que v. m. me dio por su carta de la voluntad de Su Mag., y ansi estaré en las Roças mañana lunes bien temprano antes de medio dia, y para con v. m. lleuo designio de detenerme alli, con que entraré martes antes de medio dia en essa corte. Y porque no me paresce que conuiene tanto, saldré de las Roças mañana puesto el Sol y podre llegar a las ocho o a las nueue de la noche, placiendo a nuestro Señor. Conforme a esto v. m. hara lo que fuere seruido. Estuue en S. Lorenço el sabado todo el dia, vi todo lo que alli se puede ver. En la librería me detuve algun rato; parecieronme muy bien los libros de mano griegos, y avn reconocí algunos que yo auia tenido en mi poder prestados, que fueron de Gonçalo Perez, y holgué de ver algunas adnotaciones del buen Juan Paez, lo demás se tratará quando nos vieremos. Este correo llegó a las nueue de esta noche, y yo le despacho liego dentro de vna hora<sup>(36)</sup>.*

---

35. Su biblioteca ha sido estudiada por Gregorio de Andrés, "La colección de códices griegos de Diego de Covarrubias, obispo de Segovia", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 163 (1968), pp. 229-238; y de manera más concienzuda y completa por Teresa Santander Rodríguez, "Aproximación a la biblioteca de Don Diego de Covarrubias", en *Salamanca y su proyección en el mundo*, Salamanca, 1992, y en *La Biblioteca de Don Diego de Covarrubias y Leyva (1512-1577). I. Manuscritos*, Salamanca, 2000.

36. Diego de Covarrubias a Antonio Gracián (Galapagar, 16-nov-1572). IVDJ, envío 21, caja 32, fol. 553. El día anterior estuvo en El Escorial, pues el 16 era domingo. Escribía con esta carta otra para el doctor Velasco.

De manera paralela a estas pesquisas, en 1573 Felipe II envió a su cronista Ambrosio de Morales al norte de España para que informara de manera detallada sobre las reliquias, enterramientos regios y libros antiguos, que se conservaban en León, Galicia y Asturias. Según explica el propio cronista cordobés, en marzo de 1572 acababa de terminar los dos tomos de su *Crónica General de España*, continuación del publicado por Florián de Ocampo treinta años antes, y presentó el original ante el Consejo de Castilla para obtener la licencia de publicación. Es posible que antes acudiera a visitar a su amigo el secretario Antonio Gracián, pues éste anota en su *Diurnal* que: *A 13 me mostró Ambrosio de Morales su historia y platicué con él sobre lo de los libros de San Isidoro y reliquias y librerías*<sup>(37)</sup>. La implicación del cronista en el proyecto escurialense venía de años atrás, y parece lógico que Gracián le consultara estas cuestiones antes de que partiera para Santiago de Compostela, donde Morales había prometido ir en peregrinación si terminaba de redactar su *Crónica*. Tras dar su parecer sobre los citados libros y reliquias, Morales retornó a Alcalá de Henares para preparar su peregrinación. Entonces, según nos cuenta en el inicio de su *Viage*, el rey escribió a la universidad de Alcalá pidiendo el parecer de Morales acerca de un informe que le habían enviado sobre las reliquias, enterramientos reales y libros antiguos que había la catedral de Oviedo<sup>(38)</sup>. El cronista remitió un largo parecer sobre la cuestión, recibido por Gracián el 9 de mayo (*envióme Zayas el parecer de Ambrosio de Morales acerca de las reliquias de Oviedo*)<sup>(39)</sup>. Éste se conserva en el ya tantas veces citado manuscrito escurialense, tras los testimonios notariales sobre las reliquias encontradas en Garciaz y Torrejón (Plasencia)<sup>(40)</sup>. No nos detendremos en los que dice sobre

---

37. Andrés, *Diurnal de Antonio Gracián*, V, pp. 21-22.

38. En el Archivo de la Catedral de Oviedo (A.C.O.) se conservan las actas de los acuerdos que los canónigos tomaron al respecto. Libro de Acuerdos Capitulares, nº 13, fol. 448r: Cabildo del último día del mes de mazo (sic) de 1572: "Comisión para lo de las reliquias y libros"; *Ibidem.*, fol. 450r, cabildo del 16 de abril de 1572: "Carta de su magestad sobre las reliquias"; y fol. 451v, cabildo del 28 de abril de 1572. En tales acuerdos capitulares se constata cómo el Cabildo, a instancias del rey, encomienda a cinco de sus miembros que relialicen el inventario de sus reliquias y libros antiguos, pese al temor, explícitamente manifestado, de verse despojado de algunas de sus más veneradas reliquias. Citado por C. B. Pereira Mira en su tesis *El "Codex Miscellaneus Ovetensis" (MS. ESC. R.II.18). Fuentes y bibliografía. Estado de la cuestión*, Universidad de Oviedo, 2001.

39. Andrés, "Diurnal de Antonio Gracián", *op. cit.*, p. 29. (9-may-1572).

40. "El parescer que ha embiado Ambrosio de Morales de las Reliquias y libros de Ouiedo", RBME, &-II-15, ff. 212r-218v.

las reliquias ovetenses, pero sí en los libros. Morales tenía unas noticias sobre ellos bastante concretas y fundadas<sup>(41)</sup>. Tras abordar la cuestión de las reliquias, finalmente expone su juicio sobre los códices:

*Los libros de mano que se refieren en la relacion parece que son excelentes, aunque esto no se puede bien juzgar sino uiendolos con cuydado. Los de san Isidoro de natura rerum, y Liber sententiarum ejusdem, sin uerlos se pueden tener por excelentes, pues no se hallan en otra parte. Las obras de San Eulogio, yo las tengo como he dicho, digo el original antiquissimo, y es un precioso tesoro, y vna s.... joya que terna la iglesia de España en estas obras del santo martyr; quando esten impressas<sup>(42)</sup>*

*Con esto se acaba lo que yo tengo que dezir en lo que toca a la relacion. Fuera della se puede dar otra de insignes sanctos de España, cuyos cuerpos o reliquias insignes dellos están en diuersos monesterios y iglesias de Castilla las vieja, Campos, Asturias y Galizia, que se podrian traer de camino quando se truxesen las de Ouiedo, y la manera del auerlas pareçe facil para su Mag. y sin estruendo<sup>(43)</sup>*

[Y se añade en nota al pie, completando lo de los libros:] *No haze mencion la relacion de otro singular libro escrito de letra Gothica, que tiene la iglesia de Ouiedo. Este es aquella historia del obispo Pelagio, que arriba he alegado, donde ay otras muchas cosas y todas muy raras, que hazen vn gran volumen. Tienelo tambien prestado el obispo de Plazençia, y yo lo tuue algunos meses, que el me lo prestó. Libro es de mucha estima.*

El contenido de este memorial de Morales resultó de gran interés para el monarca, en especial su consejo de que el valor de los libros *no se puede bien juzgar sino uiendolos con cuydado*. Si esto era necesario, ¿por qué no hacerlo el mismo cronista quien había tenido en sus manos alguno de aquellos volúmenes, y que, además, se permitía advertir sobre otros santos enterrados en monasterios del norte de España? Tras consultar Felipe II con el doctor Martín de Velasco, se mandó al cordobés que (*pues iba yo de romeria à Santiago*), fuera también a ver, por vista de ojos de todas las tres cosas dichas, es decir, reliquias, tumbas y libros, en Castilla la Vieja, Asturias, León y Galicia. Mo-

---

41. *Ibidem*, ff. 212r-v.

42. *Ibidem*, fol. 216r.

43. *Ibidem*, fol. 216r-v.

rales recibió la orden de que reconociera las reliquias existentes de los santos, comprobara sus testimonios de autenticidad y comprobara cómo eran tratadas. El memorial de Álvarez Gómez de Castro empezaba a tener aplicaciones prácticas y, no en vano, Morales prestó especial atención durante su viaje a los manuscritos isidorianos. Para facilitar estos cometidos, se le facilitó una cédula, firmada por el rey en Madrid el 18 de mayo de 1572, como credencial ante cualquier autoridad eclesiástica o civil, para que éstas le dieran entrada a sus recintos y le informaran cumplidamente de todas las noticias que tuvieran sobre los particulares de la comisión de Morales. Su misión era entendida como complementaria a las relaciones que algunos obispos ya habían mandado al rey, en cumplimiento de la cédula de marzo de 1572, y por esto, se autorizaba al cronista a que *veais y reconozcais los libros así de mano, como de molde antiguos, raros y exquisitos que en las dichas Iglesias y Monasterios hay: y de todo ha-gais y nos traigais muy particular Relación*<sup>(44)</sup>.

Con esta cédula comenzó su viaje Morales el 1 de junio. Para Morales, un apasionado del pasado medieval de los reinos hispánicos, ésta era una oportunidad única; para Felipe II sus propósitos iban algo más allá de la investigación historiográfica, pues en este viaje tenía puestos sus ojos mirando no tanto hacia Covadonga como hacia El Escorial. Deseoso de que este monasterio se convirtiera en el monumento emblemático de la España de su época, como panteón de su dinastía, como depósito de reliquias y como gran biblioteca, al rey le resultaba indispensable conocer qué modelos previos habían existido en los antiguos reinos de Galicia, León y Castilla. De aquí su interés por que el nuevo panteón escurialense enlazara de alguna forma con los enterramientos de los viejos reyes astures, sus antepasados medievales. En este proyecto, se comprende su interés porque las reliquias y libros que habían permanecido desde la alta edad media en las iglesias y conventos del norte de España, fueran llevados al Escorial, para favorecer tanto su conservación, como esa identificación dinástica entre aquellos reyes y la nueva dinastía austriaca. En el argot cortesano este periplo se denominó como el *Santo Viaje*. Tras cada una de sus etapas, Morales remitía a la corte un detallado informe sobre lo que había visto, su opinión acerca de lo encontrado y su valoración del interés que podía tener para El Escorial. Estas cartas eran recibidas en Madrid, o donde la corte resi-

---

44. En Ambrosio de Morales, *Relacion del viage de Ambrosio de Morales Chronista de S. M. el Rey D. Phelippe II A los Reynos de León, Galicia y Principado de Asturias el año de MDLXXII*, ed. facsímil de la editada en Madrid en 1765, Madrid, Ediciones Guillermo Blázquez, 1985, pp. 2-3.



diera, y eran leídas por el doctor Martín de Velasco y por el secretario Antonio Gracián Dantisco, quienes solían después leérselas al rey en su alcoba o en su despacho. Todas ellas fueron recopiladas pacientemente en un legajo por Velasco. Aunque Antolín, en su estudio sobre las procedencias de los manuscritos escurialenses, advierte que *creo que fueron pocos los códices latinos que por esta razón [el viaje de Morales] vinieron a la Biblioteca de El Escorial*<sup>(45)</sup>, lo cierto es que, muy al contrario, la visita del cronista movilizó a las autoridades religiosas y civiles que se entrevistaban con él, deseosas de servir al rey. Por ejemplo los dos únicos códices que Morales destacó que existían en la librería de San Pablo, en Valladolid, no tardaron en ser remitidos al rey para formar parte de su exquisita colecciones librarias de El Escorial. El primer manuscrito ya aparece citado por Gracián en el inventario de 1576, bajo el inequívoco título *Cardinalis a Turrecremata collationes super Evangelia*<sup>(46)</sup>. Todavía se conserva (RBME, h-II-12). Otro ejemplo, en la almoneda del conde de Luna, en León (1572), se adquirieron por advertencia de Morales treinta manuscritos *de excelente letra y buena iluminación*, que no en vano habían pertenecido a Alfonso de Aragón. El interés por la posesión de libros que hubieran sido de este monarca aragonés, soberano a su vez de Nápoles, se detecta en el ofrecimiento al rey de una Glosa ordinaria de la Biblia, con este origen, y que se encontraba depositada en un convento dominico. Hasta la corte llegó un fraile, en nombre de su comunidad, quien se entrevistó con Felipe II para mostrarle un tomo de una Glosa de la Biblia, que el convento poseía. El libro procedía de la biblioteca de Alfonso V el Magnánimo. Este ejemplar parece que quedó en manos del rey, quien se mostró interesado por recibir el resto de la obra, otros once volúmenes.

*El frayle Dominico que presentó a V. Mag. el libro de la Glosa ordinaria ha tornado ya y traydome los otros onze cuerpos, querría supplicar a V. Mag. hiziesse alguna limosna para reedificacion de su Monasterio y que aquí euitasse el precio destos libros sin andar tassandolos, pues valen tanto quanto los quisieren estimar. V. Mag. vea si es seruido le encamine a esto, o que sepa de Ambrosio de Morales y el s<sup>o</sup> Çorita lo que estos libros podran valer*<sup>(47)</sup>

---

45. Antolín, *Catálogo de los manuscritos latinos*, op. cit., V, p. 273.

46. Gregorio de Andrés, *Entrega de al Librería real de Felipe II (1576)*, en *Documentos para la Historia del Monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial*, Madrid, 1964, VII, p. 108, n<sup>o</sup> 1934, entre los manuscritos de teología en latín y en folio, de letra antigua.

47. Antonio Gracián a Felipe II (10-nov-1573). IVDJ, envío 58, caja 79, carp. III, fol. 100r.

El secretario debió despachar a boca con el rey, pues al margen él mismo anotó la respuesta regia, favorable a que los libros no se tasaran y que a cambio de ellas se diera una limosna para ayudar a reedificar el monasterio dominico: *Que dé su memorial de lo que pretende, y se comuniqué al conde de Chinchon, sin que aya tassa*. No hemos logrado averiguar de que comunidad religiosa se trataba. El destino de esta Biblia latina glosada fue El Escorial. En el inventario de 1576 figuran entre los *codices manuscripti latini*, de teólogos *vetustos*, en folio y pergamino: *Glossa ordinaria scripta ad Alfonsum Regem Neap.*, en doce cuerpos<sup>(48)</sup>. Actualmente sólo se conservan dos de estos volúmenes, el tomo III (RBME, a-I-3), y el XI (RBME, a-II-2), ambos con encuadernaciones mudéjares. Sus tamaños no son homogéneos, pero sí que parece lo fueron las encuadernaciones. Este episodio o fue singular. Al igual que ocurriera con los manuscritos griegos, las diferentes iniciativas para comprar libros animaron a que muchos cortesanos, obispos y abades regalaran al monarca los viejos códices medievales que poseían, como acaeció con don Jorge Beteta, o con el conde de Buendía, quien ofreció a Felipe II el hoy llamado *Codex Vigilanus* (s. X), o Pedro Ponce de León, obispo de Ciudad Rodrigo, quien legó al rey sus libros en su testamento. Sabemos también que el 1 de julio de 1572 el secretario Gracián recibió una carta *del Prior de San Benito para su Majestad sobre lo de las reliquias y librerías; la cual mostré a su Majestad aquel día y estando allá me mandó leerle, escribiendo su Majestad una carta de su mano al Duque de Saboya*<sup>(49)</sup>. Como era natural, el prior ofrecía al rey su buena voluntad en caso de que quisiera tomar para sí algunas de las reliquias o los libros de los monasterios de su orden. De este modo, gracias a las cédulas dirigidas a los obispos y a los datos recopilados por Morales en su viaje, arribaron a El Escorial numerosos códices provenientes de Guadalupe, San Isidoro del Campo, de las catedrales de Salamanca, Oviedo, Osma, Palencia, Cuenca, del Archivo de Simancas, etc., quedándose definitivamente en el monasterio la mayor parte. El obispo de Plasencia, Pedro Ponce de León, donó sus mejores códices al Escorial, algunos de gran valor como la *Crónica del Tudense*, el *Comentario de Macrobio*, de bella letra del siglo XII, o el célebre códice *Emilianense*, que le había prestado el monasterio de San Millán de la Cogolla. Este interés por los concilios visigóticos se había suscitado durante la celebración en España de numerosos sínodos provinciales, convocados para aplicar los de-

---

48. Andrés, “Entrega de al Librería real de Felipe II (1576)”, *op. cit.*, p. 103, nº 1829-1840.

49. Andrés, “Diurnal de Antonio Gracián”, V, *op. cit.*, pp. 40-41. El día 10-ago-1572.



cretos tridentinos. De inmediato, se encontró un precedente en las asambleas eclesiásticas de la antigüedad, sobre las que fray Bartolomé Carranza de Miranda había llamado la atención en su tratado sobre los Concilios. El Conde de Buendía obsequió a Felipe II con el más conocido de los manuscritos mozárabes, el *Vigilano*, y el obispo de Lugo envió al rey el *Lucense*, descubierto por Morales en su *Santo Viage*, y del mismo contenido se obtuvo el código *Hispalense*, en la almoneda de los libros de Martín de Ayala.

Felipe II no olvidó en este contexto la existencia de la antigua librería real de Castilla, cuyos volúmenes él mismo, siendo príncipe, ordenó llevar desde el alcázar de Segovia al archivo de Simancas en 1545, para reunirse con los libros de Carlos V. El 28 de febrero de 1572 o 1573, Gracián se reunió con Felipe II para consultar a boca varios asuntos. El primero hacía referencia a los libros que el archivero Ayala debía enviar desde Simancas. Gracián resumía con detalla al rey esta cuestión: *Con Diego de Ayala traté cerca de traer los libros del Archiuo cuya memoria V. Mag. me dio en el Pardo, dize que se podran embiar todos, excepto el Fuero Juzgo que por ser leyes destos reynos y original, haura de quedar alli entre los desta qualidad, y assi se ha treslado sin el la memoria que se le ha de dar firmada con la cedula que aquí va ordenada para que siendo V. Mag. seruido la firme. Trayranlos en los carros donde lleua sus papeles, pero no podra ser en las mismas arcas, porque dize que por no tener donde poner los papeles se hauran de quedar en ellas algun tiempo. La costa de algunas caxas donde vengan y de lo demas, haura de pagar despues Santoyo de la camara, y yo dezirlo aquí a Ayala siendo seruido V. Mag.*<sup>(50)</sup>. El rey resolvió que *Diego de Ayala embie tambien el Fuero Juzgo, porque si tocare al archiuo aca se vera y se tornara a embiar, que embie estos libros en los carros de retorno y les haga sus caxas, cuya costa y del traer se le pagará aquí de dineros de la camara, que los embie a san Lorenzo, y si es posible para esta semana santa. Firmó su mag. la cedula.*

Con esta recopilación de inventarios, catálogos y libros antiguos se obtuvo no sólo una nutrida información bibliográfica, sino que también se localizaron datos sobre bibliotecas desconocidas o libros supuestamente desaparecidos. Esto excitó la curiosidad del rey y de sus cortesanos, quienes protagonizaron algunas búsquedas de libros casi detectivescas. En una de las más notables se llegó a acudir al Santo Oficio, una iniciativa que antes se había desestimado por el temor a que las visitas de los inquisidores tuvieran el efecto

---

50. IVDJ, envío 78, fol. 203.

contrario a lo que se pretendía, es decir, que los dueños de los libros, temerosos de la verdadera intención de la visita, quemaran sus códices. Uno de los ejemplos más interesantes es el que llevó a buscar en Albeada (La Rioja) el paradero de los libros godos que habían aparecido allí, en una cueva, a fines del siglo XV. El *Codex Vigilanus*, arriba citado, había sido uno de ellos, mas ¿dónde estaban sus compañeros? Y así, por iniciativa de Morales, en 1577 los inquisidores de Logroño recibieron de la Suprema la poco habitual orden de que buscaran en la iglesia colegial de Albelda y en Logroño una Biblia de época de los visigodos y otros manuscritos de la época<sup>(51)</sup>. El 28 de junio de 1577 se visitó la iglesia colegial de La Redonda, donde le mostraron las arcas del archivo. Con puntilloso detalle se realizó un inventario de los papeles que se hallaron en el archivo, si bien era evidente que no pasaban de ser un conjunto documental de tipo administrativo. A las preguntas del inquisidor, los archiveros de la Colegiata respondieron que no tenían libros de gran antigüedad en su poder<sup>(52)</sup>. No obstante, recordaban que quedó en la iglesia de san Martín de Albelda, tras el traslado de su archivo a La Redonda, *vna biblia escripta en letra gotica*, pero (para desgracia del rey) el chantre de la colegiata, Francisco Moreno, advertía que era tan vieja que se decidió romperla, y que *despues de echa pedaços el dicho chantre archiuero dixo auerla dado a Ayala librero difuncto para encuadernar libros desta yglesia y para en pago de los que encuadernaua para esta yglesia de La Rredonda, y se quedó con siete u ocho ojas de la dicha biblia, que las tiene en cassa...*<sup>(53)</sup>. Esta noticia no podía ser más desalentadora, pero por fin, el 29 de junio se logró dar con un arca que había en una de las capillas de la colegiata, que pertenecía al licenciado Ramírez Sáenz, cura de dicha iglesia, donde aparecieron una biblia en dos cuerpos y un breviario de mano, calificados como *viejos*. Ambos códices se guardaron bajo llave en el archivo. También se logró averiguar que treinta años atrás existió un libro antiguo del Fuero Juzgo, ya perdido. A cambio, el chantre Moreno quiso entregar algunos libros de canto y las citadas hojas de la biblia gótica de Albelda, todas ellas iluminadas, que se guardaron en el archivo de la colegiata riojana<sup>(54)</sup>.

---

51. Se conserva dentro del manuscrito escurialense L-I-13 (ff. 83r-104v), y se trata de la copia de las diligencias que fue enviada a Felipe II, aunque en realidad fuera utilizada por Ambrosio de Morales. La carta de la Suprema fue recibida por los inquisidores riojanos el 22 de junio de 1577 (*ibidem*, fol. 84r).

52. *Ibidem*, fol. 86r.

53. *Ibidem*, fol. 86v.

54. *Ibidem*, fol. 88v.

A continuación, el inquisidor se trasladó a Albelda, donde realizó un amplio y muy interesante interrogatorio, donde se nos descubre la singular historia de los libros. Los testigos declararon que en época del conde de Aguilar don Alonso Manrique de Lara, el *conde viejo*, o *Cavestuerto*, de Aguilar de Campoo, se había encontrado en una cueva bajo el castillo de la localidad, de donde aquél era señor, una gran cantidad de libros muy antiguos<sup>(55)</sup>. Años más tarde, su hijo el conde don Pedro reparó de nuevo en estos libros y consultó sobre su importancia. Nebrija se habría interesado entonces por ellos. Según unos había ido al pueblo para consultarlos, pero según otros, se habían enviado a Toledo, donde los canónigos de la catedral los loaron mucho. Esta decisión había sido providencial, pues muchos testigos recuerdan que ya en la villa los libros estaban tan rotos, que los niños y las mujeres cogían los pedazos para *rocaderas*<sup>(56)</sup>. Otros testigos, en cambio, afirmaban que fue el abad de Nájera quien estuvo viendo los libros por orden de Nebrija, y que entonces se llevó algunos. Este clérigo había muerto hacía sólo dos años, con más de ochenta de edad, por lo que ya no era posible recabar su testimonio. El traslado de los libros a la catedral toledana parecía ser verosímil, pues Llanos sólo pudo encontrar en Albelda tres libros, guardados en la cámara del Capítulo eclesial, así como varios libros de canto, en pergamino de Flandes, en el Coro, ninguno de gran valor. Morales no se desanimó al recibir la infructuosa información de la inquisición de Logroño, pues a continuación de ésta incluyó (y así se conserva en el mismo manuscrito escurialense) una *Memoria* de la biblioteca del cabildo catedralicio toledano, donde el cronista Morales marcó con una cruz o estrella varios de estos libros, que podrían estar relacionados con los de Albelda, al tratarse de códice mozárabes o visigóticos. Por ejemplo: *\*Gregorij moralium liber, en pargamino de letra moçarabe, dize que se escriuio era de noueçientos y ochenta y quatro, reinando Ramiro y el conde Fernando y Basilio obispo*<sup>(57)</sup>, o un *Officierium et santural de letra moçaraue de mano en pergamino* (fol. 118v). El propio Morales consultó algunos de los manuscritos conservados en Toledo, en particular dos antiguos códices de concilios<sup>(58)</sup>. El interés de Felipe

---

55. *Ibidem*, fol. 89v.

56. *Ibidem*, ff. 90v y 107r y ss.

57. RBME, L-I-13, fol. 110v. La “Memoria de los libros que estan en la librería de la santa yglesia de Toledo”, en ff. 107r-133v.

58. Anotaciones bajo el título *Sancta Ecclesia Toletana duo habet sacrorum conciliorum vetustissima exemplaria gothicis literis perscripta*. RBME, d-II-5, ff. 237bis-239.

El por continuar atesorando en El Escorial manuscritos medievales españoles se mantuvo hasta el final de su reinado, recurriéndose en numerosas ocasiones al Santo Oficio. Es el caso de un *Antiguo Testamento* en aragonés, texto bíblico traducido entre los siglos XIV y XV, y que fue enviado al real monasterio. En el folio 1r, una nota de Arias Montano nos desvela su origen: *Embiola a su Mag. el inquisidor General Quiroga arzobispo de Toledo*<sup>(59)</sup>.

Aunque en 1576 falleció Antonio Gracián, sin que pudiera terminar un catálogo de la biblioteca de El Escorial, dicho año se hizo entrega al monasterio de una magnífica biblioteca compuesta por 4.546 volúmenes, tanto impresos como manuscritos, a los que no tardaron en unirse los casi dos milares de libros que habían sido donados por Diego Hurtado de Mendoza al rey. ¿Satisfizo esto la voraz bibliofilia del rey? No. Para él se trataba sólo del principio. El monasterio jerónimo seguía en construcción, de modo que los libros se guardaban en la Fresneda, en arcas, en espera a la sala de la biblioteca se terminara. Entre 1576 y 1598 los volúmenes siguieron afluyendo a las estanterías escurialenses en un número que duplicaría los fondos anteriores. Se mantuvo la tendencia en el acopio de manuscritos en griego, latín y en castellano, así como por la localización de ejemplares de las obras de San Isidoro, en cuya edición seguiría empeñado Álar Gómez de Castro. En esta etapa Felipe II encomendó a su nuevo secretario personal, Mateo Vázquez de Lecca que continuara la tarea de Gracián, coordinando la adquisición de más libros. En 1577 el embajador en Roma, don Juan de Zúñiga, podía escribir a Mateo Vázquez cómo Pedro Chacón había logrado hacerse con un código de las Etimologías, que estaba en Nápoles:

*Hasta que he tenido en poder de P<sup>o</sup> Chacón el exemplar de las etimologías que estaua en Sanct Juan Carbonario de Nápoles no he respondido a la carta que su Mag. sobre esto me scriuió, ahora lo hago y va en este pliego vna en sus manos y copias que suplico a v. m. le dé luego y me mandé auisar del reçiuo*<sup>(60)</sup>

En el sobreescrito se anota: *a pliego de P<sup>o</sup> Chacón / Álar Gómez*, lo que parece indicar que el código debía ser remito al humanista, como era lo habitual. En enero de 1584 Luis Vázquez de Alderete avisaba desde Nápoles

---

59. *Traslación de algunos libros del Antiguo Testamento en dialecto aragonés, según el texto de la Vulgata*, RBME, I-I-8.

60. Juan de Zúñiga y Requesens a Mateo Vázquez de Lecca (Roma, 5-jul-1577). IVDJ, envío12, caja 21, fol. 294.

a su señor Mateo Vázquez que *Al Conde de Oliuares se embio vna certificacion del Prior de S. Juan de Carbonara del recibo del libro de las Aetymologias de S. Ysidro (sic), y en aquella librería ay otros muchos, que lo dexó el cardenal Siripando*<sup>(61)</sup>. Parece referirse a la devolución del códice antes citado. Por otra parte, Felipe II siguió adquiriendo libros en almonedas, o gracias a la donación de importantes bibliófilos, como Antonio Agustín. Y casi todos los libros que por una u otra razón eran obsequiados al soberano se enviaban de inmediato a la Laurentina.

La recopilación de estos materiales permitió que en la corte de Felipe II se desarrollara un inusitado interés por los las antiguas obras de la literatura, la historia y la teología medievales. Sin duda, la fundación de la biblioteca escurialense, el *Santo Viage* y otras disposiciones arriba citadas animaron a generar este novedoso interés cultural. No debemos olvidar que el itinerario del medievalismo español arranca durante el reinado de Felipe II con nombres como el de ya citado Alvar Gómez de Castro (*ca.* 1516-1580), Gonzalo Argote de Molina (1548-1596) y Diego Hurtado de Mendoza (1503-1575), dado el interés que en alguna ocasión, especialmente el primero, mostraron por la literatura del Medioevo. Por ejemplo, el obispo Covarrubias lograría que le fueran prestados dos de los códices del Fuero Juzgo que había en El Escorial, para sus estudios sobre el derecho antiguo español. Gracián escribe en diciembre de 1572: *Tomé licencia de su Majestad y del Prior del Monasterio para enviar al obispo de Segovia los dos originales del Fuero Juzgo que hay en esta librería*<sup>(62)</sup>. Un año después el prelado devolvía al secretario los dos códices: *Con las buenas nuevas de la salud de Su Mag. se ha regocijado mucho esta Corte. Dios le guarde. Los libros del Foro Juzgo enviaré a tiempo, pues estas mañanas que agora yo puedo tener desocupadas no las terné passados los Reyes*<sup>(63)</sup>. Y en 1574, ante las peticiones de los curiosos cortesanos, Hernando de Bribiesca consultó al seretario Gracián Dantisco sobre si en San Lorenzo se debería mostrar la librería y los cuerpos reales, ya entonces depositados en su cripta<sup>(64)</sup>. No hemos localizado la respuesta del rey, aunque pocos días más tarde

---

61. No se conserva la carta, sino este resumen en el sobrescrito. IVDJ, envío 80, caja 105, fol. 431. Luis Vázquez de Alderete a Mateo Vázquez (Nápoles, 14-ene-1584).

62. Andrés, *Diurnal de Antonio Gracián*, V, p. 67. El 23-dic-1572.

63. Diego de Covarrubias a Antonio Gracián (Madrid, 30-dic-1573). IVDJ, envío 21, caja 32, fol. 554.

64. Hernando de Bribiesca a Antonio Gracián Dantisco (San Lorenzo, 4-feb-1574). IVDJ, envío 61 (II), caja 82, fol. 57.

Bribiesca volvía a escribir a Gracián: *La yglesia diga v. m a su mag dexo colgada hasta que se acaben los nouenarios, y todos los libros se quedan asi hasta que v. m. venga por acá*<sup>65</sup>. Esto da a entender que Felipe II se opuso a esta posibilidad de visitas públicas, al menos hasta que Gracián elaborara el catálogo de sus fondos.

Cuando en 1576 se concluyó dicho catálogo y se hizo la entrega de todos los libros a la comunidad jerónima, la posibilidad de estos préstamos se incrementó, convirtiéndose en una merced nada excepcional. En 1585 Felipe II ordenó al prior de san Lorenzo que dejara llevarse a Juan López de Velasco los libros que necesitara para la corrección de las obras de San Isidoro, dispensándole de la lógica *prohibiçion que está hecha para que no salgan de la librería*. El proyecto de editar las obras completas de san Isidoro de Sevilla, propuesto al rey por Álvaro Gómez de Castro en 1571, influyó de una manera muy poderosa en el desarrollo de un proyecto cultural para la biblioteca de El Escorial, en especial hacia su definición como eje del neogoticismo político y cultural. San Isidoro había sido una de las principales figuras intelectuales de la Hispania visigótica y su pensamiento había sido recuperado en parte por el humanismo renacentista, que veía en él a un representante de la cristiandad primitiva, sólo posterior en dos siglos a san Agustín o san Jerónimo, y no de menor entidad que éstos Padres de la Iglesia. La figura de san Isidoro arrastró consigo al resto del pasado medieval hispánico, que se convirtió también en una prioridad. La unidad de España era una idea anhelada desde la época de la invasión árabe del reino visigodo de don Rodrigo. Tras la finalización de la Reconquista en 1492, se consideraba que este antiguo reino había sido restaurado, acuñándose un marcado neogoticismo en el pensamiento político español (no sólo castellano). En esta tarea de política cultural Felipe II contó con la colaboración de sus cronistas Jerónimo Zurita y Ambrosio de Morales. Sus *Anales de Aragón* o su *Crónica de España* eran obras emprendidas a través de rigurosos métodos de investigación, que desmentían numerosos mitos populares. En su búsqueda de documentación medieval, ambos eruditos lograron rescatar del olvido preciosos manuscritos medievales que Felipe II mandaría guardar en la biblioteca de El Escorial como verdaderas reliquias del pasado hispánico.

---

65. Hernando de Bribiesca a Antonio Gracián Dantisco (San Lorenzo, 11-feb-1574). IVDJ, envío 61 (II), caja 82, fol. 59.





La Regia Laurentina en una imagen actual

Sin embargo, tan prometedor inicio de la actividad de El Escorial como biblioteca pública se interrumpió tras la muerte de su fundador, Felipe II, en 1598. Es cierto que en el siglo XVII aportaron dos grandes remesas de libros, los árabigos del sultán marroquí Muley Cidán, y los medievales del Conde-Duque de Olivares, pero eran muy pocos los eruditos que acudían a su Salón de Frescos para consultar los libros. La razón estaba en el cambio cultural representado por el Barroco, menos interesado que el Renacimiento por la erudición filológica, y dominado, en muchos casos, por una disimulada biblioclastia. Hubo que esperar a la segunda mitad del siglo XVIII, para que con ilustrados, con su recuperación de los ideales clásicos, los libros de El Escorial recuperen su papel primigenio. Fue entonces cuando Burriel, Mayans, Floranes, Cerdà, Llaguno acuden a su sala de lectura para consultar de nuevo los libros depositados por Felipe II. Mucho después, la Biblioteca de El Escorial, el primer reservorio de textos españoles medievales (primacía que sólo le disputa la Biblioteca Nacional) proporcionaría dos herramientas preciosas para el medievalismo hispánico: los catálogos del beato Julián Zarco Cuevas (1887-1936), para manuscritos castellanos (1926), y del padre Guillermo Antolín, para los latinos (1910-1923). Ambas obras constituyen los testigos bibliográficos del extraordinario esfuerzo recopilatorio que Felipe II y sus consejeros culturales emprendieron durante la segunda mitad del siglo XVI.

## ÍNDICE GENERAL

Presentación	9-10
Manuel Alejandro Rodríguez de la Peña <i>Rex elucubrans in libris: bibliotecas palatinas y monarcas bibliófilos en el Occidente medieval</i>	11-50
Rosamond McKitterick <i>Carolingian libraries: what do we know about them?</i>	51-66
Ana Belén Sánchez Prieto <i>Monastic Libraries in the Early Middle Ages</i>	67-84
Ramón Gonzálvez Ruiz <i>La biblioteca capitular de Toledo. Creación y conservación de un legado bibliográfico medieval</i>	85-106
Anna Adamska <i>The Formation of Cathedral Libraries on the Edge of Central European Latinitas (Poland, Bohemia and Hungary) in the Earlier Middle Ages (c. 950-c. 1250)</i>	107-136
Elisa Ruiz <i>“Oír de Biblia”. Cánón de lecturas de la Nobleza castellana (1430-1520)</i>	137-170
José Luis Gonzalo Sánchez-Molero <i>Los “libros godos” en la Real Biblioteca de El Escorial en época de Felipe II: un proyecto humanístico tardío</i>	171-210

